

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 309.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

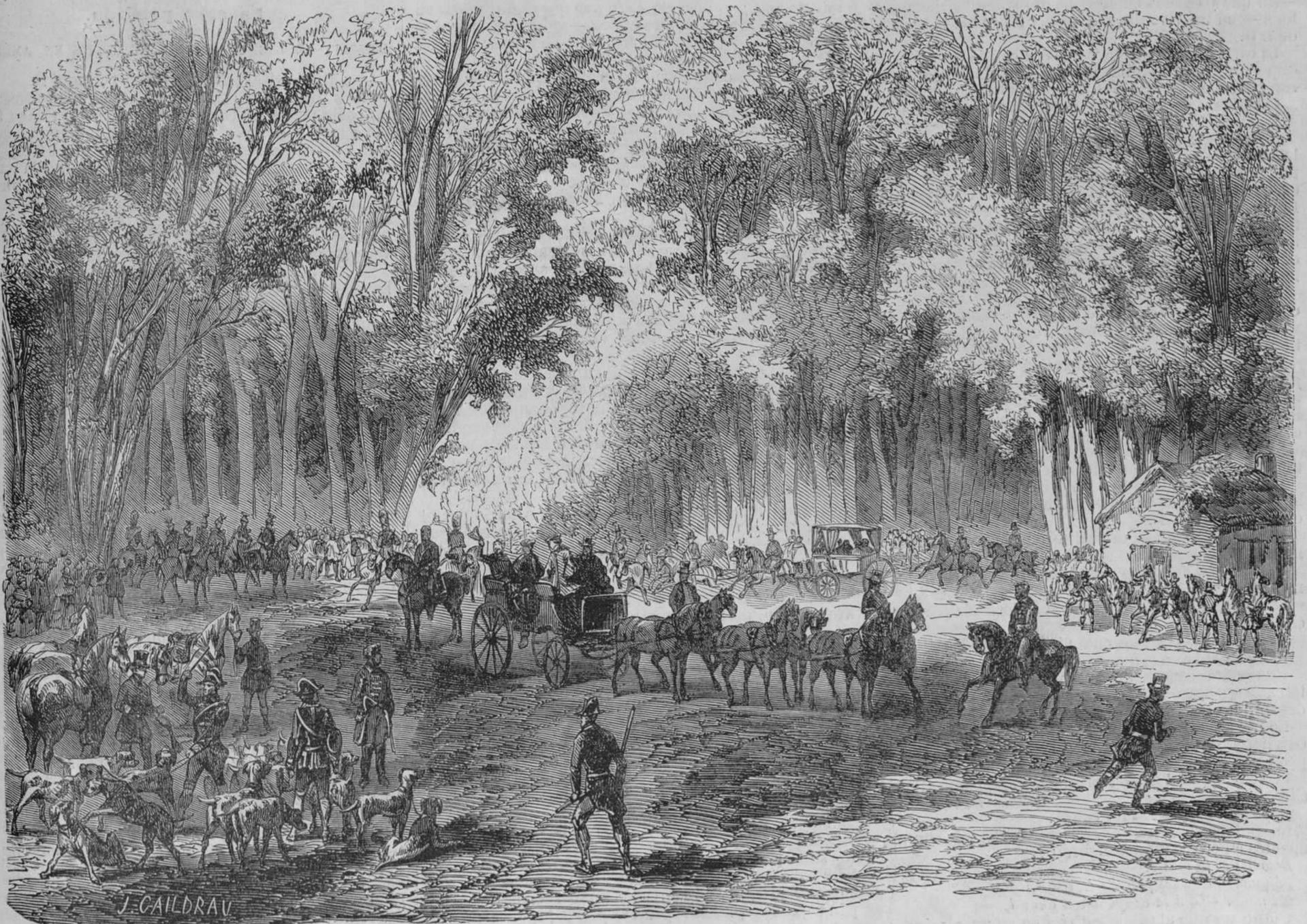
La corte imperial en Compiègne; grabado. — Cumplimientos. — La casa perdida. — Traducción de una carta de Leibnitz. — Bougival; grabados. — Revista de Paris. — La comedia de Laura. — Melodías hebreas. — A Inés. — Costa occidental de Africa; grabados. — El café en las colonias holandesas; grabados. — La feria de las vanidades. — Cárceles militares en Argelia; grabados. — Revista de la moda. — El alcalde Ronquillo. — El yacht del emperador de Rusia el Estandarte; grabados. — Necrología; grabado.

La corte imperial en Compiègne.

La corte de Francia se halla actualmente en Compiègne. El palacio de Compiègne, que durante la Revolución sirvió de pritaneo, y durante el Consulado de escuela de artes y oficios, fué embellecido por Napoleon I, y sobre todo por Luis Felipe. El interior del palacio no es una maravilla, pero contiene algunos cuadros de mérito, tapices de los Gobelinos, llamando particularmente la atención los cuadros de Carlos Coypel, que representan diversas escenas de la historia de *Don Quijote de la*

Mancha. Otros pintores han agotado allí tambien su ingenio y su imaginacion, trasladando al lienzo los inmorfales cuadros de Miguel de Cervantes, en el *Quijote*; hay lo menos cuatro salones, todos llenos de pinturas, presentando pasajes del *ingenioso hidalgo de la Mancha*. El caballero de los Espejos vencido por Don Quijote, es la obra maestra del pintor Jacquand, quien, sin embargo, es inferior á Coypel.

El día 15 de noviembre se celebró en el palacio con mucha pompa la fiesta de S. M. la emperatriz Eugenia. Se representó un proverbio de circunstancias escrito



CACERIAS IMPERIALES DE COMPIEGNE. — PUNTO DE REUNION EN EL SITIO LLAMADO EL POZO DEL REY.

expresamente por M. Octavio Feuillet, siendo los actores un joven individuo del consejo de Estado y dos damas de honor de S. M. Con motivo de la residencia de SS. MM. en Compiègne hay á menudo grandes cacerías, en las que acompañan á los emperadores los principales personajes de la corte imperial.

Cumplimientos.

Cuanto mas amigos mas claros.

(Palabras de un hombre *comme il faut*).

« Mi querido amigo : es en mi poder su *grata* de hoy y tengo un verdadero pesar en no poder remitirle los doscientos reales que me suplica le preste : sin embargo, viva Vd. seguro de que deseo se me presente una ocasion en que me sea dado manifestarle el *aprecio* con que le distingue su *buen amigo y servidor* que besa su mano — J. H. »

La lectura de esta carta, que acabo de recibir por el correo interior, me ha inspirado la idea de dedicar un artículo á la palabra *cumplimientos*; pero antes de entrar en materia, voy á complacer á la negra honrilla, que me está dando con el codo á fin de que haga una aclaracion á mis lectores.

Yo no he pedido doscientos reales porque me hacian falta.

Los he pedido con el objeto de probar el *aprecio* con que me distingue un *buen amigo*, que posee mas de doscientos mil; porque habeis de saber que J. H. tiene caballos, carretela, dos casas en Madrid y abono en el Teatro Real y en el de la Zarzuela — en materia de teatros, J. H. está por los extremos — y va á la Bolsa todos los dias y al café Suizo todas las noches, y no tiene deudas, cuya circunstancia constituye por sí sola un gran capital.

J. H. es un hombre de treinta años.

Le conocí, no os importa saber donde; pero desde que me ofreció su amistad, que hará como unos ocho meses, me dice, siempre que me encuentra, que está á mi disposicion, y me encarga que si en alguna cosa puede serme útil, no tengo mas que indicárselo, pues de lo contrario, le haria una ofensa imperdonable.

Hoy, á pesar de tener yo doscientos reales, me he levantado de muy mal humor, lo cual á primera vista parecerá inverosímil á muchos que yo conozco, y hasta me lo hubiera parecido á mí á todas vistas en cierta ocasion en que mi bolsillo atravesaba una crisis mas pertinaz que un acreedor de oficio.

La brisa de la mañana hizo degenerar mi mal humor — sin que yo pueda explicarme tan singular metamorfosis — en un vivo deseo de poner á prueba la amistad de J. H.

La carta que me dirige y que os he dado á conocer, os dirá claramente cuál ha sido el resultado de mi temerario ensayo.

Las ofertas de J. H. no eran mas que *cumplimientos*.

Y ¿sabeis lo que son *cumplimientos*?

El Diccionario de la lengua castellana, formado por la Academia española, dice que *cumplimiento* es la oferta que se hace por pura urbanidad ó ceremonia; y aun cuando la definicion que el citado libro da de la palabra *vaca* hace que se miren con prevencion y desconfianza todas las demás, pues asegura que *vaca es la carne que se distribuye y pesa en la carniceria, aunque sea de buey*, creo que, al tratar de la voz *cumplimiento*, no ha andado muy desacertado.

No obstante, y con perdon de la autorizada é ilustre corporacion que *limpia, fija y da esplendor*, voy á revelar á mis lectores la etimología de la palabra en cuestion.

Cumplimiento tiene por padres á los señores *Cumpro* y *miento*, y esta sencilla aclaracion os demostrará hasta la evidencia la necesidad de ponerlos á salvo de los tiros del hijo de ese consorcio inmoral que vive á costa de la candidez del prójimo.

Si, porque un *cumplimiento* es una lisonja que fomenta nuestra vanidad, lejos de corregirla.

Una figura raquílica y despreciable, envuelta en un hermoso traje, que tiene vacía la cabeza y carece de corazon.

Un *cumplimiento* es la antítesis de la franqueza noble y recomendable.

Es una promesa que se hace con el firme propósito de no cumplirla.

Es una mentira, y una mentira autorizada por la sociedad.

Guerra á muerte á los *cumplimientos*.

Reconciliémonos con la verdad.

Esta podrá darnos un desengaño, pero nunca será tan amargo como el que, para mas ó menos tarde, nos deparan los *cumplimientos*.

No haya pues cuartel para los *cumplimientos* ni para esos hombres tan *cumplimenteros* que pasan la mayor parte de su vida entregados á tan punible vicio.

El código penal se ha olvidado completamente de ellos.

Reparemos tan crasa injusticia.

No quiero ocuparme de ese largo catálogo de *cumplimientos* en cuyo número figuran :

Beso á Vd. la mano.

Póngame Vd. á los piés de la señora.

Mi mujer está á la disposicion de Vd.

Y los *besos* que al saludarse se dan algunas señoras. Por lo regular, el que dice *beso á Vd. la mano*, quisie-

ra ver quemadas, no una mano, sino cien que tuviera el susodicho usted.

El que exclama : *póngame Vd. á los piés de la señora*, está convencido de que su dicho es una broma y de que no ha de ser tan tonto el marido á quien da el encargo que se resigna á convertirse en una acémila dedicada incesantemente á trasportar demonios á los piés de su arcángel san Miguel, quiero decir, de su esposa.

El que asienta que su mujer está á la disposicion del que por ella pregunta es, cuando menos, un loco que no sabe lo que se dice.

Y en cuanto á los *besos* que se dan las señoras al saludarse, casi todos se parecen al de Judas, si he de dar crédito á lo que mi mujer me ha dicho en confianza.

Pero tratemos de algunos *cumplimientos* para los cuales debía tener un correctivo el código penal.

Por ejemplo : cuando un hombre como J. H. os ofrece cuanto tiene y cuanto vale y contando con su promesa le pedis doscientos reales para salir de un apuro, ¿no merece doscientos palos si no accede á vuestra peticion, y doscientos mas si no contentándose con este desaire os insulta con un nuevo *cumplimiento* del tenor siguiente : *Sin embargo* viva Vd. seguro de que deseo se me presente otra ocasion en que me sea dado manifestarle el *aprecio* con que le distingue su *buen amigo y servidor*?

Cuando uno, que se llama amigo vuestro, acaba de comprar una prenda y os la enseña tal vez con el *santo fin* de daros envidia, y despues de que habeis ponderado su hermosura, exclama — *guardándosela* por supuesto, — *está á la disposicion de Vd.*, ¿no merece este amigo que dispusiérais apropiaros dicha prenda? Debo advertir que la costumbre de *ofrecer inútilmente* solo está admitida en España.

Cuando vais á una casa y el dueño tiene hambre ó no quiere hablaros por mas tiempo, y tirando del cordón de la campanilla pregunta á la criada que se presenta si está la sopa en la mesa, y la criada contesta que sí, y luego el dueño, al ver que os levantais para dejarle en paz, os dice : *no os vayais y si quereis acompañarme á comer me dais sumo gusto*; ¿no merece este hombre que os vayais, no á la calle como él quiere, sino al comedor y le dejéis sin probar bocado?

Cuando en el café se sienta un prójimo á vuestro lado, y despues de tomar lo que ha pedido y presentarse el mozo á cobrar exclama, al notar que vais á pagar y separando su mano del bolsillo del chaleco : *amigo mio, eso me toca á mí y no consentiré que Vd.!*... ¿no merece este *primo* que le contesteis : *cálmese Vd., no me opongo á que Vd. pague siquiera porque no se le indigeste lo que ha tomado*?

Cuando recibis por el correo interior una tarjeta que dice : *Fulano de tal ofrece á Vd. su casa, calle de tal, número tal*, ¿no merece el *fulano* que os dirigiérais en seguida á la casa que os ofrece — quizá sin permiso del casero — y despues de echarle á él y á sus muebles por un balcon, tomáseis posesion de ella?

Cuando un empresario de teatros despues de tener un drama en su poder seis meses, á pesar de haber ofrecido leerle en seguida, dice al autor que no ha cometido mas pecados que escribir un drama y no conocer las intrigas de bastidores : — *que sus ocupaciones no le han permitido enterarse de su obra*, ¿no merece este empresario que se le forme consejo de guerra acto continuo y se le condene á ser pasado por las armas, quiero decir, por las gacetas?

Cuando este mismo empresario, al dia siguiente de haberse silbado una comedia en su teatro, anuncia lisonjeando la vanidad del desgraciado autor y escamoteando enfermedades, que se suspenden sus representaciones por *indisposicion* del actor A. que tomaba parte en la obra, ¿no merece una silba extraordinaria, esto es, una silva no comprendida en el número de las de abono?

Cuando el administrador de un periódico anuncia en su primera columna en letras muy gordas que los señores suscritores se sirvan renovar su suscripcion que ha terminado y remitir su importe sin perder momento á fin de que no sufran retraso en el envío de los números; ¿no merece por su peca ingenuidad que los suscritores aceptasen el sufrimiento del retraso del envío arriba citado?

Cuando un pobre empleado recibe un oficio por el cual se le declara cesante y por apéndice se le desea que *Dios le guarde* muchos años, ¿no merece el que le firma estar cien años guardado por Dios sin destino y sin comer?

Cuando vais de paseo con un hijo pequeñito y encontráis á uno, dos, tres, cuatro ó mas prójimos y todos os dicen que la criatura se os parece mucho, aunque se os parezca tanto como un huevo á una castaña, ¿no merecian esos necios que el cielo les concediera cinco hijos cada año para que pudierais á vuestra vez decir otro tanto de ellos?

Cuando vais muy de prisa y dais un pisoton á un *quidam* en un callo, pero un pisoton tan fuerte que le haga ver de dia las estrellas y despues de decirle : *Vd. perdone*; contesta el muy alma de cántaro, *no hay de qué*, ¿no merece que le diérais otro pisoton que le hiciera ver el cometa Donati?

Cuando va el zapatero, el ebanista ó el barbero á vuestra casa, os presenta una cuenta, y despues de mirar su importe, fruncir el ceño y echar mano al bolsillo para pagarla, os dice el acreedor : *no se moleste Vd., que no corre prisa*... ¿no merece el señor zapatero y compañía que le tomáseis la palabra y no le pagáseis nunca?

A buen seguro que mi sastre no está en peligro de merecer semejante castigo.

Señores, desde que me viste, ni por *distraccion* ya que no por *cumplimiento*, me ha dicho una sola vez que no le corria p...sa el cobrar.

Al contrario, siempre que me presenta una cuenta entablamos el siguiente diálogo :

Yo. — (*Haciéndome el remolon.*) ¿Quiere Vd. que le satisfaga la cuenta ahora?

El. — (*Haciéndose inhumano.*) Sí, señor.

Yo. — (*Esforzándome para reir.*) Me alegro, porque ya sabe Vd. que el que paga, descansa.

El. — (*Riéndose sin esfuerzo y con aire de triunfo.*) Si, pero mas descansa el que cobra.

Pero sigamos apuntando los castigos que merecen los que se dedican al reprobado tráfico del *cumplimiento*.

Mas ¿qué castigo imponer á las personas que os hacen esas visitas fastidiosas, inoportunas, tontas y ridículas, esas visitas que la culta sociedad distingue con el nombre de *visitas de cumplimiento*?

¡Oh! las visitas de cumplimiento merecen otro artículo; en este solo diré que las personas que no quieran ver hasta dónde llega mi cólera, que no me hagan visitas de esta especie, porque las detesto mas que detesto los *cumplimientos*.

Este seria un buen final para el presente artículo, pero no quiero terminarlo sin hacer una confesion á mis lectores.

Una vez me reconcilé con los *cumplimientos*.

Encontré un dia á un amigo muy franco y me convidó á comer.

— Gracias, le contesté; no quiero que se incomoden en tu casa.

— No, si porque tú nos acompañes á comer no se ha de aumentar nada; vaya, pues no faltaba mas! Ya sabes que te tratamos sin *cumplimientos*.

Yo acepté sin hacerme cargo del verdadero valor intrínseco de esta frase.

Llegué á casa de mi amigo; pero este escudado con su franqueza, me dejó con hambre, pues la comida que tenia dispuesta para él, su mujer y la criada no pudo contentar á todos; pero miento, contentó á la doméstica, que suponiendo con fundamento que yo me iba á comer su racion, tuvo buen cuidado de reservar su parte antes de sacar los platos á la mesa.

Asi pues, y concluyo; si alguno me convida á comer y quiere que yo acepte, procure no tratarme con esa *sans façon* que autoriza á no dejar satisfechos los estómagos de los convidados, y no olvide que, solo cuando se trata de comer, condeno la franqueza y aplaudo los *cumplimientos*.

JOSÉ MARCO.

La casa perdida.

EPISODIO DE LAS ULTIMAS INUNDACIONES EN AMÉRICA.

— ¿Habeis visto pasar una casa por aquí?

Estas palabras me eran dirigidas por una persona que no podia percibir á causa de la oscuridad. Estaba todavia completamente absorto en esta pregunta, cuando una lancha con dos remeros llega á abordar á mis piés. Mi interlocutor, que estaba delante, da media vuelta sobre el banco donde estaba sentado y renueva su singular pregunta. Una casa parece la cosa menos ambulante del mundo, y sin embargo, la pregunta era tan natural como motivada. En efecto, no debia tardar en ver pasar una casa, y una casa magnífica.

— ¿Me atrevo á pedirlos que me digais, caballero, si habeis visto pasar una casa por aquí?

— ¡Hola! ¿Sois vos, John Bernard? exclamé reconociendo al fin la voz que me preguntaba.

— Caballero Truas, replicó el remero que á su voz me habia conocido, sí, señor, en compañía de Liflet.

La persona que asi designaba era Eliphalet Bernard, su hermano.

— Acabo de ver una, respondí, volviendo á la cuestion. ¿No deciais que vuestra casa ha sido llevada por las avenidas?

— Sí. ¡Por el amor de Dios! señor Truas, saltad á bordo.

Me resolví al momento á hacerlo. Conocia perfectamente el rio; además era un hábil y robusto remero, y podia, por consiguiente, ser útil á los dos hermanos que, en razon de su inexperiencia, corrian á un peligro inminente. Me embarqué, y colocándome á la popa, tomé un remo para gobernar la lancha. Esta tomó su direccion, y llevada por una corriente vigorosa y oprimida, enfió rápidamente en la oscuridad, en medio de torrentes de lluvia, de los silbidos del viento y del rugido de las olas.

Ya es tiempo que explique la aventura.

El *Connecticut*, sobre el cual bogábamos, habia salido de madre.

Ni en los dichos de los indígenas, ni en la historia, se halla ejemplo de una inundacion tan súbita, tan extensa, tan terrible; la casa habitada por los Bernard estaba situada en una pradera que se prolonga hasta una pequeña distancia del Gran Rio, que los ribereños llaman el *Connecticut*, y sobre las orillas de un arroyuelo que desemboca en la ribera, en Suffiel, condado de Hartford y cerca de la línea de Massachusset. El padre de los Bernard habia muerto. Los hijos, secundados por su hermana, vuelta recientemente á su casa, despues de una ausencia de muchos años, pasados en diferentes escuelas en calidad de discípula ó pensionista, haciendo ver su firmeza, tenían cuidado de su anciana madre, largo tiempo postrada en cama. Si ha-

blo de las dolencias de la señora Bernard, es porque ellas eran en verdad la causa determinante de nuestra excursión nocturna.

Los jóvenes me aseguraron que la buena mujer había rehusado obstinadamente abandonar la casa donde había nacido, donde se había casado, y por complacer su pertinacia, habían renunciado á trasportarla la víspera del siniestro de su casa á lugar seguro. Sin embargo, presintiendo un peligro, menos horrible desde luego que aquel á que estaban expuestas en este momento, su madre y su hermana habían tomado todas las precauciones que la prudencia puede sugerir en semejantes circunstancias.

El agua no tardó en rodear la casa, y el peligro arreciaba. Los dos hermanos se vieron obligados á buscar en las cercanías los medios de salvación que absolutamente les faltaban. A su vuelta la casa era llevada por la corriente y la crecida aumentaba con espantosa rapidez. La esperanza de volver á encontrar su casa barrada en el Ancon, donde me encontraba, les había impelido hácia el lugar en donde acababan de abordar. Yo mismo había sido atraído á este sitio por el espectáculo sublime de un gran desorden de la naturaleza. Eran las tres de la mañana: las tinieblas de la noche aumentaban el horror del cuadro. Durante esta muda contemplación, es cuando ví la casa virar lentamente como una masa informe y sombría, enteramente desfigurada. Si hubiese supuesto que este objeto flotante llevaba dos mujeres en la mayor aflicción, ciertamente no hubiera permanecido mero espectador de los efectos de la tempestad.

Las circunstancias de este acontecimiento me fueron referidas mientras continuábamos en seguimiento de la casa. Procuraba calmar la agitación de los dos hermanos, que se traslucía por la emoción de su voz, y les contaba, para calmarlos, mis aventuras:

— Ya hay, les dije, tres millas de aquí al puente, y cinco hasta las corrientes. Debemos ciertamente volver á encontrar á la señora y señorita Bernard de este lado del puente. Por lo demás es imposible que los ribereños no las hallen; me sorprende no haber tropezado con ellas al momento.

— La lluvia y el viento lo impiden sin duda, replicó John, el mayor de los hermanos... pero lo peor es, que hay ribereños que no me agradan.

— ¿Qué quereis decir? repliqué yo, no comprendiendo bien el temor manifiesto que estas palabras revelaban.

— Los Cases, añadió John, habitan á media milla mas bajo que nuestra residencia. Antes que amanezca mañana, no dejarán ellos de dar caza á la casa... Tengo tres mil dollars encerrados en mi buró; pero esto es lo que menos me ocupá. No quiero decir que sean capaces de hacer mal, pero tened presente que temo verles cerca de nuestra hermana Emilia. Es necesario que sepa que Seth-Case está constantemente persiguiéndola desde que pone el pié fuera de casa. Ultimamente, como hubiese vuelto á comenzar su negocio, le declaré que haría mejor en dirigirse á la Luna. El se retiró montado en cólera.

Yo conocía demasiado bien el sólido buen sentido de John Bernard, para que las palabras que acababa de pronunciar no me aclarasen suficientemente sobre la naturaleza de los sentimientos que le agitaban. La notoriedad con que se culpaba á la familia Case, justificaba sus temores.

Los Cases eran disipadores, bribones, en concepto de la opinión pública, como se encuentran muchos en los distritos de Connecticut, rústicos, miserables, que viven de la caza, de la pesca y de sus rapiñas sobre la tierra y el agua. Seth, el mas jóven y peligroso, de quien tenía miedo en mi infancia como de un fantasma, era entonces un muchacho cubierto de harapos, pero impío, solapado, siempre disputando con nosotros que estábamos mejor vestidos, y generalmente conocido por sus picardías y su precoz maldad. Se había hecho un hombre verdaderamente temible. Era alegre, pero flaco, desmadejado, de un aspecto asqueroso. Rodeados de misterio siempre, su padre y él robaban sin cesar, de día, de noche, en los bosques, en las montañas, en las llanuras, en los estanques, por las orillas de los ríos, en bueno y en mal tiempo. Robaban todo lo que podían, y estaban siempre en la mayor indigencia. La conciencia pública mas que la evidencia les acusaba de todos los robos y todos los delitos cuando sus autores no parecían. Estaban con todos en discordias continuas, de lo que resultaba que se les hablaba muy poco, y que se les trataba lo menos posible.

La inundación debía proporcionarles necesariamente la ocasión de una gran presa. Es de creer que cogiesen y ocultasen las cosas perdidas, y era demasiado probable, por desgracia, que se hubiesen introducido en la casa de los Bernard, que la hubiesen registrado y llevado todo el dinero y alhajas.

En cuanto á las mujeres, á pesar de la perversidad de los dos malvados, se podría augurar que no las sucedería nada malo, precisamente porque uno de ellos era capaz de experimentar cierta especie de admiración por la delicada belleza de Emilia Bernard.

Hacia una hora que navegábamos, dirigiéndonos hácia el Sur, en medio, como ya he dicho, de una oscuridad espesa, del ruido de la tempestad, del impulso de un viento furioso. No servía de nada el conocimiento que tenía del terreno. Por una feliz casualidad nos colocamos en medio de la corriente, y nos fué posible avanzar por la doble impulsión del agua y de cuatro brazos de robustos remeros.

— Debemos divisar el fuego del puente de Enfield; dije á mis hombres.

— ¡Cielo y tierra! murmuró Eliphalet, las aguas se ban elevado demasiado para que la casa pueda franquear el puente.

Yo miraba hacia el Sur con toda la energía de mi vista. Antes que tuviera tiempo para responder, una gran masa negra parece que se levanta de repente delante de nosotros del seno del abismo y de las tinieblas. Era el puente.

— ¡Abajo la cabeza! exclamé, y milagrosamente enfilamos por debajo del puente con la rapidez del relámpago, sin embargo que tropezamos con uno de los pilares. Este choque nos hubiera podido costar la vida y la de las dos mujeres, deteniendo nuestra marcha. Los dos remos de estribor se rompieron; la lancha, cuyo casco era muy débil, se abrió al través y se introdujo el agua por debajo; un poco mas y atravesamos el arco del puente.

Nos encogimos todo lo posible y fuimos trasportados al otro lado de uno de sus pilares.

— John, detened la lancha, dad vuestro remo á Eliphalet; y vos, Lif, bajad á tierra, pediremos que nos preste remos el pontonero.

Logramos, con dificultades sin cuento, abordar y amarrar á uno de los costados del camino que corre por la ribera.

Como estábamos detenidos en un camino escurridizo, el pontonero salió de su casa con un farol.

— Buenas noches, señor Hall, le dije; no habeis visto á nadie bajar por la ribera esta noche?

El buen hombre me miró sorprendido. Sus ojos expresaban el sobresalto; su rostro afectaba un aspecto extraño con las claras ondulaciones de las linternas.

— ¿Qué, sois vos, señor Tomás? No esperaba encontraros aquí... ¡Toma! Y vos tambien, señor Bernard... ¿Me preguntais si alguno ha bajado por la ribera? Ha pasado alguna cosa; pero segun creo debe estar lejos. Me ha despertado, os lo aseguro; debía ser una cosa grande y haber pegado un gran golpe en el puente.

— ¿Habeis oido algun ruido?

— Sí, señor; ese es el que me ha despertado, pero no ví nada luego que salí. Pero habrá sido llevado lo menos á diez millas de allí durante este tiempo; y á esta distancia y con las corrientes, como sabeis...

John Bernard suspiró.

— La casa de los Bernard ha sido llevada por la corriente, señor Hall, y en ella iban la señora Bernard y su hija Emilia. Nosotros tememos que los Cases les hayan seguido. Desgraciadamente acabamos de romper dos de nuestros remos contra el puente; ¿quereis prestarnos un par de ellos?

El bueno de Hall, volviendo de su sorpresa, nos hubiera preguntado por mas tiempo de buena gana; pero nosotros nos apresuramos á tomar los remos y nos dirigimos sin ceremonia á la lancha. Saltamos en seguida y nos alejamos de tierra con gran velocidad, porque en esta parte del río el cauce se estrecha y corre derecho á la angostura llamada las corrientes de Enfield.

A medida que nos aproximamos á este paraje peligroso, percibimos el ruido de los remolinos y nos íbamos acostumbando al viento. No puedo pensar sin horror que el puente del camino de hierro estaba sobre nosotros. Podía apostarse ciento por uno, que íbamos á ser destrozados al atravesarle.

Sin embargo, escapamos felizmente del peligro, entramos en la corriente espumosa del cauce occidental, porque en este sitio está cortado por una isla.

— Valor, amigos, aprestaos á perecer si la suerte lo quiere. Es imposible que la casa haya pasado el puente del camino de hierro. Podemos ser despedazados contra una de las pilastras; pero introducid los remos cuando os lo mandé.

Entonces fuimos llevados con una velocidad de treinta millas por hora. El puente rebajado aparece delante de nosotros: apenas tengo tiempo para gritar:

— ¡Adentro los remos!

Gracias al cielo, lo franqueamos sin accidente alguno.

— Ahora, queridos, bogad adelante! Debemos alcanzarla cerca de Harford. Seria una locura esperar que la casa pueda salir de los dos puentes, supuesto que ya ha pasado este.

Proponia reemplazar á uno de los remeros; pero ambos remarón alegando que, conociendo mejor el río, debía gobernar la lancha. Los remos vigorosamente manejados la hacían volar, mientras que los demás permanecían en silencio.

Una claridad dudosa nos anunció el día. Poco á poco la esfera de nuestra vision se agrandó á través de la bruma gris que flotaba sobre el agua. Habíamos pasado la extremidad del canal, la aldea de Windsor Locks y la embocadura del Farmington. Podía ver, aunque indistintamente, toda la extension del cauce principal.

— ¡Vedla aquí, amigos míos! exclamé de repente.

En efecto acababa de percibir en el negro horizonte el techo al principio, despues el primer piso de la blanca casa que marchaba majestuosamente á lo lejos y delante de nosotros. A mi exclamación los dos hermanos se volvieron, mirando la casa enternecidos, pero sin proferir ni una sola palabra; su mirada se reanimaba por la esperanza y olvidando las fatigas, remarón con mas fuerza.

— Percibo una barca amarrada á la ventana de la habitación del Norte, dije á mis remeros. Está pintada de azul con una franja amarilla. ¡Mil bombas, es la lancha de Seth-Case!

— ¡En la ventana de mi madre! exclama John con

una emoción difícil de describir. La oscuridad ó algun otro obstáculo había hecho retardar á los ladrones, porque nosotros habíamos podido relativamente darlos alcance. Si los Cases no hubiesen experimentado este retraso, es evidente que hubieran llevado á cabo mas pronto su expedición.

A medida que nos aproximamos á la casa flotante, oímos los gritos que salían de ella. La mirada amenazadora de John Bernard envolvía y revelaba una pasión de venganza. Mordía sus labios hasta hacer saltar sangre, pero no profería una palabra; solamente se percibía su respiración fatigosa.

Despues del último golpe de remos, John los abandonó, y dirigiéndose á mí: — Permaneced en la lancha, señor Truas, me dijo, y estad pronto para ayudarnos. — Despues exclamó, vamos, Liflet, y saltando el primero, se dirigió á la casa, y la popa de la lancha chocó con ella fuertemente. John rompió con estrépito los travesaños de la ventana á la que estaba atada la barca de los Cases, y se lanzó al interior, seguido de su hermano. Yo permanecí á bordo, como me había encargado John; mi presencia no hubiera hecho mas que contribuir á la confusión en una habitación pequeña; además que los dos hermanos podían llamarme cuando me necesitasen.

Se oyó un ruido sordo de golpes é imprecaciones, en que dominaban los gritos de las mujeres. La sombra que se esparcía en el interior no me permitía ver mas que formas que se movían.

La lancha, evitando la corriente se detuvo, y no ví mas. La barca de Seth-Case, soltada por John, flotaba á la ventura. Emilia Bernard desordenada, pálida, y animada de las fuerzas sobrenaturales que prestan la desesperación y el temor, llevó á su madre hácia la ventana, y asió fuertemente un extremo de la lancha. Yo la grité:

— ¡Valor por un momento! señorita Bernard.

Y avanzando con precaución, amarré mi barca á un fragmento de los travesaños de la ventana. Entonces mis miradas penetraron en el interior: ví á los Bernard entregados á una lucha desesperada con los ladrones. Pero un pícaro desalmado era fácil de vencer al atlético John Bernard. Apoderándose del mayor de los Cases, le derribó con un esfuerzo supremo, y cogiendo una silla con la rapidez del pensamiento, le asestó un formidable golpe en el cráneo; Seth se levantó, se tambaleó y cayó al suelo sin conocimiento. Así desembarazó á Eliphalet que era oprimido de cerca por su contrario.

— Ya se ha concluido, dijo John con acento triste, pero como un verdadero valiente del Connecticut, sin añadir el menor juramento.

— ¿Estás herida, Emilia? preguntó Zoin á su hermana.

— No, bravo Zoin. Apresuraos, socorred á mi madre. Los dos robustos jóvenes colocaron en la lancha á la anciana señora Bernard y la prodigaron los mas tiernos cuidados. Todos nos embarcamos, y abandonando la casa y los ladrones al destino, nos dirigimos á tierra. Cuando hubimos abordado:

— Zoin, dijo Emilia, ha llegado el momento de poner en vuestras manos lo que tan dichosamente ha escapado de la de los Cases.

Y diciéndo esto, entregó á su hermano un bolsillo viejo.

— Confieso, respondió Zoin, que había olvidado nuestro tesoro.

Luego que pusimos á las mujeres en lugar seguro, y que se las prodigó todos los cuidados que reclamaba su estado, volví al río. Mis miradas se dirigieron hácia la casa; continuaba flotando.

Las puertas estaban entreabiertas; uno de los ladrones, que no pude conocer por la distancia, parecia por sus gestos implorar socorro. Aunque era de día, la ribera estaba desierta, y no se veían mas que algunas aves matutinas, que se entretenían en contemplar desde el puente el impetuoso curso del río.

Ningun poder humano hubiera podido impedirme socorrer á los desdichados próximos á perecer. Subía el río y remaba hácia la casa. Conforme me acercaba, distinguí á Seth-Case sentado encima del cuerpo de su hermano, y estaba enrojecido, y con la sangre de sus heridas experimentaba agnías mortales. Tendía hácia mí sus manos suplicantes. En este momento la casa llegando á las olas iba á ser infaliblemente sumergida; hubiera sido imposible aproximarse á ella sin exponerse á una muerte cierta. Mis fuerzas entonces desmayaron. El peligro era extremado, inminente. La casa chocó con un estruendo espantoso en la pilastra del puente, se abrió y zozobró; ví en seguida flotar las maderas, y en medio de estos restos el cuerpo inanimado de uno de los ladrones. Seth cayó tambien al agua, le ví apretar convulsivamente un madero horriblemente golpeado y magullado, como si la mano de un gigante le hubiese rendido con fuerza; despues se hundió en el abismo sin límites.

Los gritos de los espectadores, el ruido de la catástrofe, me advirtieron del riesgo en que me hallaba, y me hicieron recordar que era tiempo de que pensara en dirigir mi lancha. Ya era demasiado tarde para volver por el mismo camino. La lancha metida en la corriente llegó sana y salva al otro lado del puente. Los restos de la casa pasaron por delante del malecón de Ibanford, pero no ví flotar ninguna alma viviente.

El río había sepultado los dos cadáveres.

Me propuse volver con mis dos amigos. Los encontré en la mayor desolación. La señora Bernard, quebrada

tada por sus violentas emociones, acababa de lanzar el último suspiro; Emilia misma estaba desolada.

La prima que los dos hermanos recibieron por este acontecimiento, pues la casa estaba asegurada, les ha permitido construir otra nueva; pero esta vez se proponen hacerla de manera que no tengan nada que envidiar de los desbordamientos del Connecticut.

Traducción

DE UNA CARTA DE LEIBNITZ HALLADA ULTIMAMENTE EN ALEMANIA.

Leibnitz al reverendo Padre...

Reverendo padre:

No creo haber dejado de contestar ninguna de vuestras cartas, y sobre todo os he dado las gracias por el gran cuidado que habeis tenido de cotejar á *Gervasius Tillenensis* con los manuscritos. Estas revisiones se insertarán en el tomo segundo de *Scriptorum Brunsvicens. Illustrantium*, haciendo público el reconocimiento de que os soy deudor en esta parte.

Aunque el álgebra de M. Newton sea un libro imperfecto, no deja de contener cosas buenas, algunas de las cuales hubieran merecido entresacarse y emplearse por el R. P. Rayneau, pues aunque hay algunas que no son muy cómodas para la práctica, no dejan de serlo en teoría; y yo me alegraría mucho de que el R. P. Rayneau las examinase atentamente. Yo lo haría por mí mismo si hoy me fuese dado dedicar mucho tiempo á estas materias. Aunque estoy bastante persuadido y convencido por mis propias experiencias y buenos resultados, de la gran utilidad de nuestro análisis, no dejo de ser yo mismo de un parecer bastante aproximado al de M. Newton, y de creer que hay algo en la síntesis á la manera de los antiguos, que merecería que no se la descuidase tanto como se la descuida. Temo que M. de la Hire haya ensayado las experiencias de M. Newton sobre los colores con alguna prevención, y no haya empleado todo el cuidado posible: porque como M. Newton ha trabajado en esto tantos años, y no puede dudarse de su mérito, no es creíble que haya recitado experiencias imaginarias. Así es que yo desearía que personas que pudieran tener todo el lugar necesario y quisieran aplicarse lo bastante (lo cual no debe en ninguna manera pedirse á personas de la edad y del mérito del R. P. Malebranche y de M. de la Hire), se encargasen de este examen. Esto es lo que tengo escrito al señor abate Bignon.

Espero buenas cosas de la historia de Francia del R. P. Daniel: su primer tomo me lo hace juzgar: me parece sin embargo, que afecta un poco mas de la cuenta separarse de las opiniones de los demás. — Cuando sepais algo, mi R. P., de los negocios de la China, me obligareis si me diéreis parte de ello. Compadeczo al buen P. Gobien, y quisiera saber el nombre del que se encargue de las misiones extranjeras: en otro tiempo eran los RR. PP. Vergus y Gobien; entrambos eran amigos míos, y han muerto los dos. Ha pasado por aquí el R. P. Cima, agustino reformado, que viene de la China y vuelve á Italia: pero entonces cuando él estuvo aquí, no habia llegado aun el cardenal de Tournon. Este padre asegura que el monarca de la China no cree en la inmortalidad. El le ha tomado el pulso muchas veces en calidad de médico. — M. de la Crose (amigo en otro tiempo del R. P. Montfaucon) no contento con su disertación francesa contra el R. P. Hardouin, publicará muy pronto una latina mas amplia.

Mucho holgaré yo de saber de tiempo en tiempo lo que se hace en las ciencias de Paris: no solamente en la geometría ó análisis, sino tambien en las otras partes, astronomía, mecánica, física, medicina, etc. Pero el señor abate Varignon no tiene lugar de favorecerme en esto, ó él tendrá sus razones para ser reservado. Para eso serian necesarios amigos con mas lugar, ó menos escrupulosos. He remitido vuestra carta á M. Mayer. — Y además soy con el mayor celo, señor mio, vuestro muy humilde y obediente servidor. — LEIBNITZ. Hanover, 9 de abril de 1708.

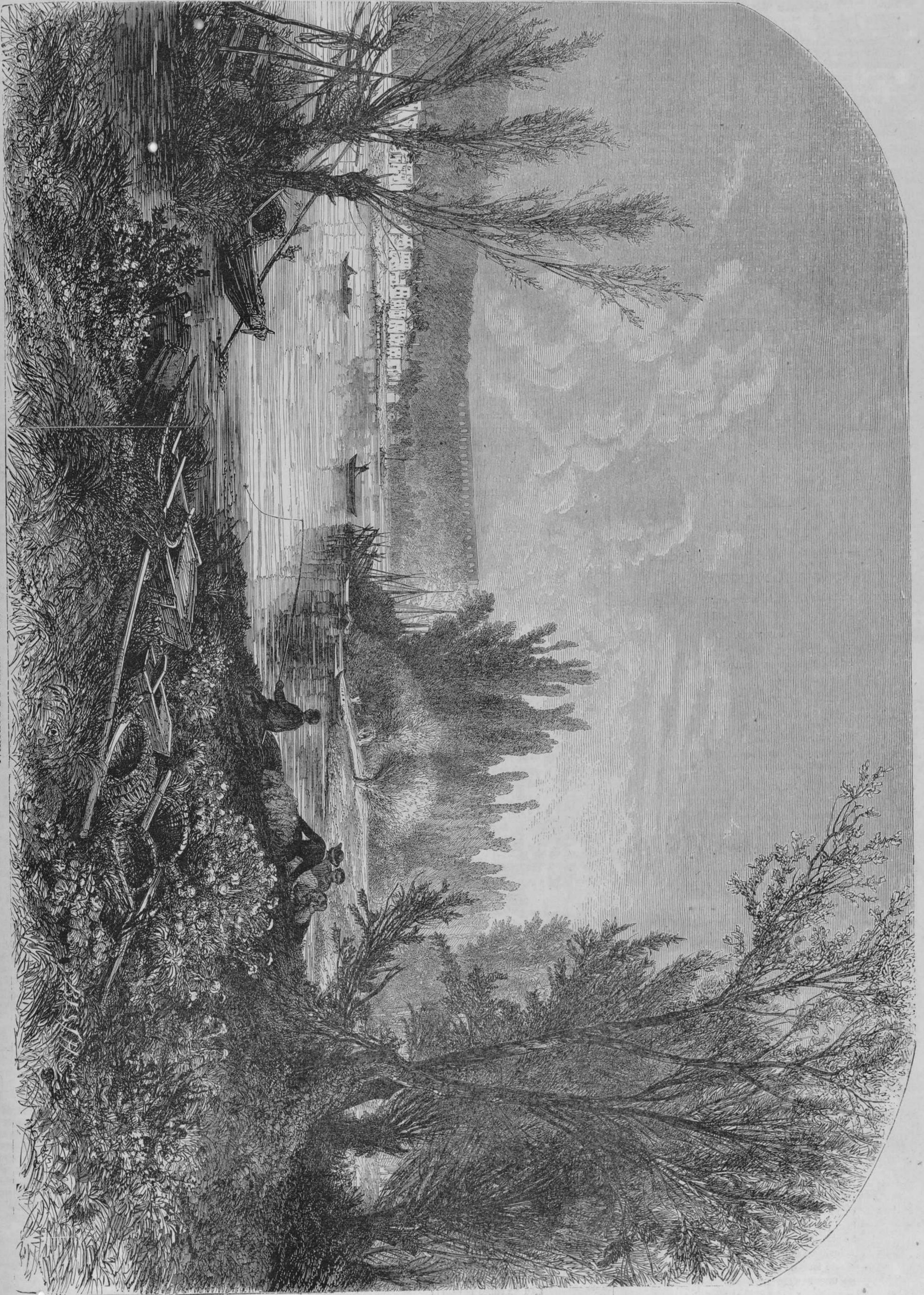
Bougival.

Bougival es uno de los puntos mas bonitos que existen en las cercanías de Paris, y de los mas frecuentados en el verano por la población parisiense. La vista que publicamos de este pintoresco lugarcillo dice mas en su elogio que lo que podríamos expresar con palabras. El domingo 7 de noviembre se inauguraron dos puentes, cuya representación damos tambien por medio del dibujo, los cuales ponen en comunicacion por un lado la isla de Croissy con la aldea del mismo nombre, y por el otro con Bougival, á poca distancia de la máquina de Marly.

Los puentes de Bougival y de Croissy pondrán en comunicacion directa, mediante una carretera departamental que debe abrirse, esa parte de la orilla izquierda del Sena con la ciudad de Pontoise. En la fiesta de inauguración de los puentes celebrada con toda solemnidad, figuraban como espectadores los habitantes de todos los pueblecillos del contorno.

INAUGURACION DEL PUENTE DE BOUGIVAL, EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1858.





CERCANIAS DE PARIS. — VISTA DE BOTIVYAL.

Revista de Paris.

La sociedad parisiense comienza á dar señales de vida. Se oye hablar ya de reuniones y de preparativos de bailes y conciertos que tendrán lugar próximamente, y sobre todo se habla mas que nunca de una diversion particular que cada invierno se propaga mas y mas en todas aquellas casas donde reina la afición á los goces intelectuales. Aludimos á las representaciones de comedias en sociedad, escritas á propósito y desempeñadas por actores improvisados en la misma reunion donde se ejecutan. Hoy vamos á ofrecer á nuestros lectores, en vez de nuestra crónica semanal, el principio de uno de estos juguetes dramáticos escrito para ser representado en celebridad de los dias de la señora de una casa española de Paris, donde se recibe con la intimidad y fino trato propios de nuestras costumbres, sin que por eso se hallen excluidos en ella la cortesania y el buen tono que caracterizan á toda reunion de personas escogidas. Nos mueve á hacer esta publicacion, no seguramente el poco mérito literario de esta obrita, sino la idea de que quizá se hallarán entre nuestros lectores algunos aficionados al arte escénico que, en un dia determinado, podrán ofrecer con ella un momento de diversion á sus amigos. Hé aquí pues esta produccion, hija de nuestro escaso ingenio :

LA COMEDIA DE LAURA.

JUGUETE COMICO ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO

Por D. MARIANO URRABIETA.

PERSONAS.

LAURA.
LA MARQUESA DE ***.
EL MARQUÉS DE ***.
FEDERICO.
EL AUTOR.

ACTO UNICO.

Sala en casa del marqués; una mesa y asientos.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen sentados Laura, la marquesa y el marqués con papeles de comedia en la mano.

LA MARQUESA.

Es mucho empeño el de Laura
En hacer esta comedia...

LAURA.

Sí, mamá, está prometida,
Nuestros amigos la esperan;
Ellos con nosotros quieren
Solemnizar una fiesta
Que es para todos motivo
De alegría verdadera.

EL MARQUÉS.

No hay duda que esa razon
Es de muchísima fuerza;
Pero es imposible, Laura...

LAURA.

¡Imposible! No lo creas.

EL MARQUÉS.

Lo creo tanto, hija mia,
Como si á mí me ocurriera
No sé qué, una extravagancia,
El cantar la *Cenerentola*.

LA MARQUESA.

El marqués tiene razon;
Es una ilusion tu idea,
Una idea muy laudable
Pero sin piés ni cabeza.
¿Sabes tú lo que es preciso
Para hacer una comedia?

EL MARQUÉS.

Lo primero es escribirla.

LAURA.

Lo está.

EL MARQUÉS.

No entera.

Nuestro autor con el achaque
De ponernos á la prueba,
No ha hecho mas que bosquejar
De corrido un par de escenas
Que hemos de ensayar ahora;
Si el tal ensayito pega,
Se procederá en seguida
A finalizar la pieza,
Y este fin será el principio
De nuestra dura tarea.

LAURA.

¡Dios mio! Si así lo miras,
No habrá razon que te venza.

LA MARQUESA.

La confianza de Laura
No admite ninguna réplica.
Dime, Laura, no has pensado
Que aun suponiendo que fuera
Nuestro talento en las tablas
Lo mismo que tú deseas,
Haremos de tropezar
Con mil escollos de cuenta;
Teatro, decoraciones,
Trajes...

EL MARQUÉS.

Et cetera, et cetera.

LA MARQUESA.

Es una obra de romanos
Para nosotros...

LAURA.

¡Paciencia!
Está dicho y probaremos;
Es sagrada la promesa...
Las grandes dificultades,
Los escollos que enumeras,
Son leves inconvenientes,
Hallándonos en presencia
De un público bondadoso
Que yo, lo sé á ciencia cierta,
Aplaudirá nuestras faltas
Y elogiará nuestra empresa.

LA MARQUESA.

Mucho te prometes, Laura,
De su extremada indulgencia.

EL MARQUÉS.

Tampoco la pongo en duda:
Pero hablando con franqueza,
Las cosas, ó hacerlas bien,
O si no, dejar de hacerlas.

LAURA.

No es mi ánimo que nos tomen
Por artistas de primera...

EL MARQUÉS.

¡Ya!... pero ¿y si nos toman
Por cómicos de la legua?

LA MARQUESA.

No faltaria mas.

EL MARQUÉS.

Castigo

Justo de nuestra imprudencia,
Que quien se atreve á hacer cosas
Superiores á sus fuerzas,
Sabe por adelantado
Lo que sin falta le espera.

LAURA.

No abultemos tanto.

EL MARQUÉS.

¡Pues!

Como á tí nada te arredra,
Crees que todos tenemos
Aquí la misma firmeza.
Pero en fin veremos pronto
Si no eres tú la primera
Que en el arte del teatro
Al echar á andar tropieza:
Tendrá que ver la heroina
Sucumbiendo en la palestra.

LAURA.

No digo que no.

LA MARQUESA.

Adelante.

(Al marqués) Amigo mio, dejémosla.
(A Laura) Pero ¿y tu hermano?

LAURA.

Ensayando

Su papel con el poeta:
Sabes que es el mas difícil
De todos los de la pieza,
Y necesita lecciones...
Pero ¡silencio! aquí llegan.

ESCENA II.

Los Mismos. FEDERICO, EL AUTOR.

EL MARQUÉS.

¿Tú ya sabes el papel?

FEDERICO.

Sí, buena memoria tengo;
Le hemos dado un repaso
Para empezar á entenderlo.
¿Y Laura ya sabe el suyo?

EL AUTOR.

No hace falta aun; con ellos
Ante la vista ahora mismo
Lo escrito ya ensayaremos,
Y despues se aprenderán...

LA MARQUESA.

Dios nos dé paciencia.

EL MARQUÉS.

Y tiempo.

LAURA.

Vamos, vamos, los papeles;
Creo soy yo la que empiezo.

EL MARQUÉS.

Sí, tú eres; pero aguarda:
Antes del ensayo, pienso
No estarán de mas aquí,
Así de prisa y corriendo,
Algunas explicaciones
Acerca del argumento.

LA MARQUESA.

Es verdad; por las escenas
Que en nuestro poder tenemos
No se adivina cuál es
De esta comedia el enredo.

EL AUTOR.

Muy sencillo; dos palabras
Harán ver el pensamiento.
Cárlos y Matilde juran,
Por de contado en secreto,
Que se amarán en la vida
Con un amor sempiterno.
Nadie en la casa sospecha
Ni tiene ningun recelo
Sobre esta pasion profunda
Sellada con juramentos
Que han de ser causa de males
Por fortuna pasajeros,
Hasta que el padre á Matilde
Notifica con imperio
Que quiere darla un marido
Que es un partido soberbio.

EL MARQUÉS.

¿El padre es pues imperioso?

EL AUTOR.

Terrible como un cerbero.
Y cuando manda una cosa,
No oye súplicas ni ruegos.
Matilde se desespera,
Y entre llorando y gimiendo,
Confiesa su amor á Cárlos,
Y con loco devaneo
Enaltece las virtudes
De su adorado tormento.
Diése que él es su ilusion,
Su felicidad, su sueño,
Que sin él no habrá para ella
Mas que un porvenir muy negro...
En fin, dice muchas cosas,
Pero en hablar pierde el tiempo,
Pues su padre exasperado
Y mas que nunca impertérrito,
Declara su voluntad
De realizar el proyecto.

EL MARQUÉS.

¿Y quién es Cárlos?

EL AUTOR.

Un jóven

De instruccion, de entendimiento,
Hijo de buena familia,
Pero...

EL MARQUÉS.

¡Hola! ¿tenemos un pero?

EL AUTOR.

No es rico, y esta razon...

EL MARQUÉS.

Entiendo muy bien, entiendo.
¿Y el otro?

EL AUTOR.

Es un potentado
Que vino á Paris de lejos,

De la América ó la India...
En fin, eso es lo de menos;
Lo cierto es que se presenta
Este señor opulento
Como un hombre que dispone
De los tesoros de Creso.
Coches, boato, gran lujo,
Gran ostentacion, y un séquito...
Color de su servidumbre
Entre chocolate y negro.

EL MARQUÉS.

¿Y su figura?

EL AUTOR.

Pasable.

EL MARQUÉS.

¿La edad?

EL AUTOR.

Aquí está el tópiezo.
Pasó ya la juventud.

EL MARQUÉS.

Matilde, válgate el cielo.

EL AUTOR.

¡Ah! sin ese inconveniente
Sería un novio perfecto.
El padre lo encuentra tal,
Y desde el primer momento
Que presentado en su casa
Pide á su hija en himeneo,
Cortés y afable le mira
Su aprobacion concediendo.
Para abreviar pormenores,
Matilde, firme en su empeño,
Sé resiste y amenaza
Con entrar en un convento;
Pero todo inútilmente:
No hay á su dolor remedio,
Debe despedir á Carlos...

EL MARQUÉS.

Y casarse con el viejo.
La situación es horrenda
Para Matilde...

EL AUTOR.

En efecto,
Pero en males de comedia
No dura mucho el veneno:
El pretendiente famoso,
¡Oh feliz descubrimiento!
Es un truan muy solemne,
Un perillan benemérito,
Que vino á caza de gangas,
Y se encaminó derecho
Hacia el dote de Matilde
Para clavarle el anzuelo.
El cómo se descubrió,
Los lances que allí ocurrieron,
La alegría de la novia,
Del padre el abatimiento,
La proteccion que la madre
Dispensó con gran acierto
A los amores de su hija
Cuando los supo; todo esto
Se explicará en la comedia
Claro y con detenimiento.
Ahora en cuanto al desenlace
Que está adivinado pienso,
Carlos y Matilde alcanzan
El logro de sus deseos.

EL MARQUÉS (A la marquesa).

El plan á decir verdad
No es obra de mucho ingenio.

LA MARQUESA.

Puede que cuando esté escrito
Sea otra cosa; esperemos.

LAURA.

¿Hay mas que decir?

EL AUTOR.

No hay mas.

EL MARQUÉS.

Está terminado el cuento.

LAURA.

Vamos pues á nuestro ensayo:
Federico, tú entras luego.

(Se concluirá.)

MELODIAS HEBREAS.

—
TRADUCIDAS DE LORD BYRON.

I.

She walks in beauty, like the night...

Hermosa se pasea, cual la noche
Que en ondas tiende su estrellado velo;
Cuanto hay mejor en brillantez y en sombras
Vese en sus ojos y en su blando aspecto:
Luz delicada y tierna
Que al ostentoso día niega el cielo.

Desluciría su inefable gracia
Otra sombra no mas, un rayo menos,
Gracia que rie en su semblante claro,
Gracia que posa en sus cabellos negros...
¡Brota en su frente pura
El raudal de sus puros pensamientos!

Y en su megilla y en su dulce rostro
De paz abrigo y de elocuencia espejo,
Seductoras sonrisas revelando
Al mundo van ese placer sereno
De un alma toda amores,
Toda inocencia y mansedumbre y sueños!

II.

Oh, snatched away in beauty's bloom...

Segada en el verdor de la hermosura,
Ningun sepulcro ponderoso debe
Tus restos oprimir: candidas rosas
Ornen tan solo tu esponjado césped;
Y el ciprés funerario
Y el sauce lloren tu temprana muerte.

Junto al arroyo que estos campos baña
Vendrá el Dolor con inclinada frente
Continuo á meditar: su pié ligero
La yerba apenas doblará que viene
Sobre la humilde tumba,
Cual si tu sueño interrumpir temiese.

III.

My soul is dark — Oh, quickly string...

¡Sombria está mi alma!... El laud pulse
Tu hermosa mano, que aun oirlo puedo;
Y á sus sonidos que se lleva el aire
Deba mi corazón algun consuelo.
Si en él un rayo de esperanza existe,
Con tu armonía brillará mas terso,
Y si lágrimas quedan en mis ojos,
Aliviarán tan vivo ardor corriendo.

Mas, que tu canto desgarrante sea,
Pues la alegría para mí no quiero.
Necesito llorar, ó esta fatiga
Que así me abruma romperá mi pecho.
Ha devorado, de dolor nutrido,
Larguísimos pesares en silencio:
Y hoy... lo peor conocerá, estallando
Al rudo golpe, ó cederá á tu acento.

IV.

If that high world, which lies beyond...

Si traspasa el Amor ese alto mundo
Que sobre el nuestro brilla,
Y nunca el corazón, nunca los ojos...
— Menos en el llorar — allí varían...

¡Cuán grato debe ser, por las esferas
Dejar ¡ay! esta vida;
Y ver ¡oh Eternidad! cuál los temores
Se desvanecen en tu luz divina!

¡Será! que por nosotros no temblamos
De helada tumba al borde,
Ni al ir á saltar ya la eterna valla
Nos asimos á ella tan veloces...

¡Oh! sí... pensemos en la union futura
De tiernos corazones;
En esa fuente de inmortales aguas
Que inmortales hará nuestros amores.

V.

Y saw thee weep — the big bright tears...
Te vi llorar... A tus hermosos ojos

Asomaron dos lágrimas brillantes;
Y creí ver por tus megillas tersas
Dos gotas de rocío deslizarse.
Te vi reír... A par de tí el zafiro
Su lustre pierde, como muerto yace,
Que no puede igualar de tu mirada
Los vivos rayos, la divina imágen.

Como del alto sol toman las nubes
Ese color bellissimo y suave,
Que á desterrar del cielo apenas bastan
Las sombras, compañeras de la tarde:
Así en el alma triste tus sonrisas
Su gozo celestial blandas esparcen,
Dejando en pos un resplandor tan puro
Cual la aureola que corona á un ángel.

A INES.

—
TRADUCCION DE LORD BYRON.

¿Porqué así ries de mi adusto ceño?
¡Ay! que á mí no me es dado sonreír!
No quiera Dios tu juvenil ensueño
Con lloro, acaso vano, interrumpir.

¿Y me preguntas qué secreta pena
Corroe mi alegría y juventud?
¿Y en conocer te empeñas la gangrena
Do expira tu balsámica virtud?

No es el amor, ni un odio encarnizado,
Ni el perdido oropel de la ambicion,
Lo que me incita á aborrecer mi estado,
De sus prendas á aislar mi corazón.

En el horrible hastío que en abrojos
Convierte cuanto encuentro, cuanto vi...
No me enamora la beldad; tus ojos
Encanto apenas tienen para mí.

Es la tristeza que eternal, sombría,
Sigue al Judio errante por do quier;
Que en nada allende el ataud confía,
Y empero arrastra un agitado ser.

¿Puede huir de sí mismo un desterrado?
Zonas y zonas ¡ay! recorrerá;
Y á una zona, á otra zona acompañado
Del pensamiento, su demonio, irá.

Otros, no obstante, buscan las caricias
Que mi alma embotada repelió...
¡Haga el cielo que duren sus delicias,
Sin que en sí vuelvan, cual volviera yo!

Viajar eternamente es mi destino,
Con un pasado de horfandad, de horror;
Y es el solo consuelo en mi camino
Sentir que ya he probado lo peor.

¿Y ese peor cuál es?... No así me apures;
Cesa en tu afán; lastímate de mí...
Rie, y el velo á alzar no te aventures
Del corazón... ¡Hay un infierno allí!

JOSÉ PLACIDO SANSON.

Costa occidental de Africa.

—
ARCHIPIÉLAGO DE CANARIAS.

A doscientas treinta leguas del continente europeo
y á treinta leguas de la costa de Africa, se halla situa-
da la isla principal de Canarias que ha dado su nombre
á ese archipiélago florido. Esa isla favorecida por la na-
turaleza produce con abundancia los frutos mas varia-
dos. Hoy uno de los elementos de la riqueza del país es
la produccion de la cochinilla, que se exporta en gran-
des cantidades para los mercados de Francia y de In-
glaterra.

El cultivo de la viña que ha sufrido en esas islas las
mismas vicisitudes que en los demás países del mundo,
ha recuperado poco á poco su importancia anterior, y
no podrá menos de acrecentar la prosperidad de las
islas.

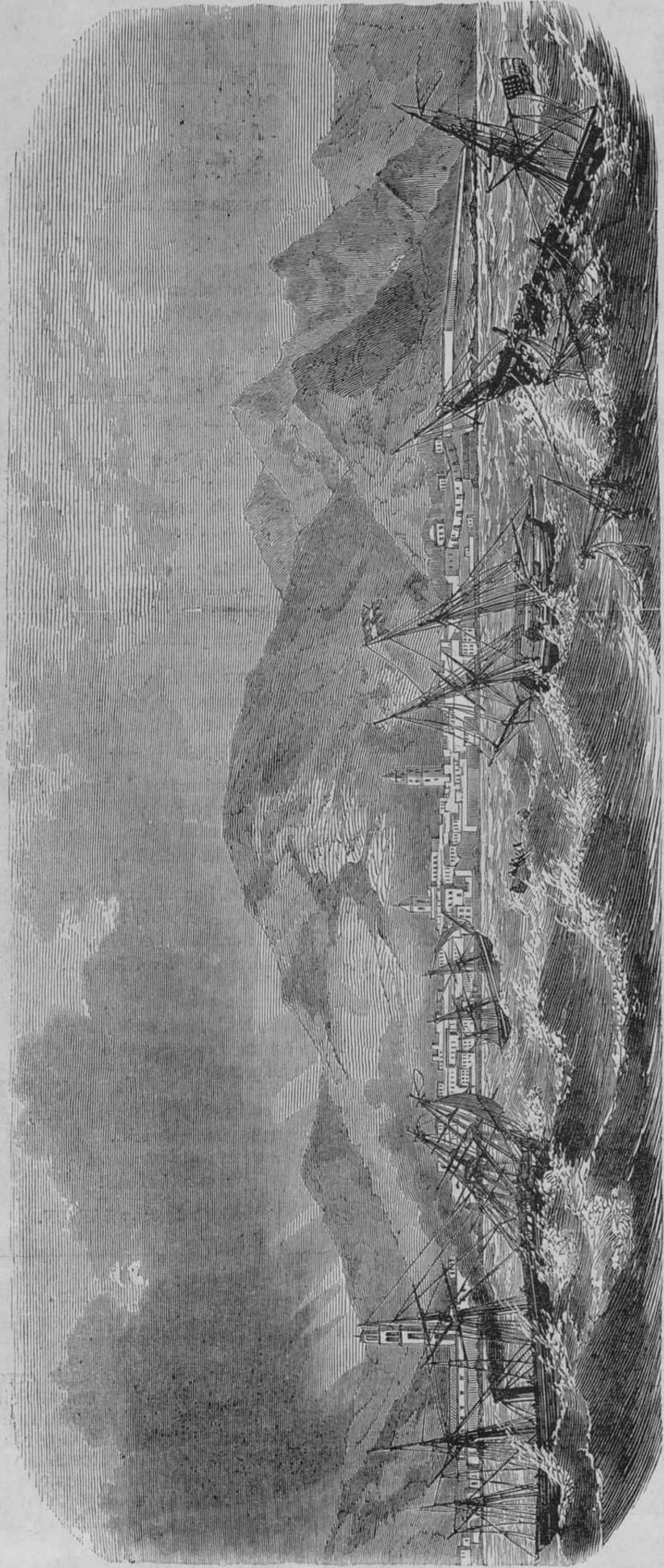
Varios buques franceses hicieron últimamente provi-
siones de vino y de toda clase de víveres en los depósi-
tos de Palma á precios sumamente bajos; por punto
general las provisiones de toda clase se hacen á menos
precio que en Santa Cruz de Tenerife.

Palmas es la ciudad mas poblada y hermosa del archi-
piélago. La temperatura es allí muy suave puesto que
el termómetro no pasa nunca de 16° ni sube á mas
de 26°. Tiene casas bien construidas y edificios suntuo-
sos; además es un centro de industrias florecientes y
de un comercio muy activo. Gracias á la bondad del
clima, las flores se suceden allí sin interrupcion, y los
árboles apenas se despojan un momento de su follaje.

Palmas tiene un capitán general, un obispo, y el tribunal supremo de las islas; posee además dos hospitales, tres colegios y varias sociedades.

El muelle situado al Norte de la ciudad se prolonga en la mar á una distancia de 800 piés españoles, y le continúan aun hasta que se halle en estado de dar abrigo á los buques mayores.

A cinco kilómetros de Palmas está el puerto llamado la Luz, que es un buen fondeadero sobre arena pura. Este puerto es sin duda el mejor de las islas Canarias, que tienen un corto número de refugios. Es un punto de escala para los vapores atlánticos y los balleneros anglo-americanos que recorren las costas occidentales de Africa hasta las Azores. Se encuentra allí todo lo que es necesario para la construcción y armamento de los buques. Los astilleros de construcción se hallan constantemente en actividad, gracias al prodigioso movimiento de la pesca ma-



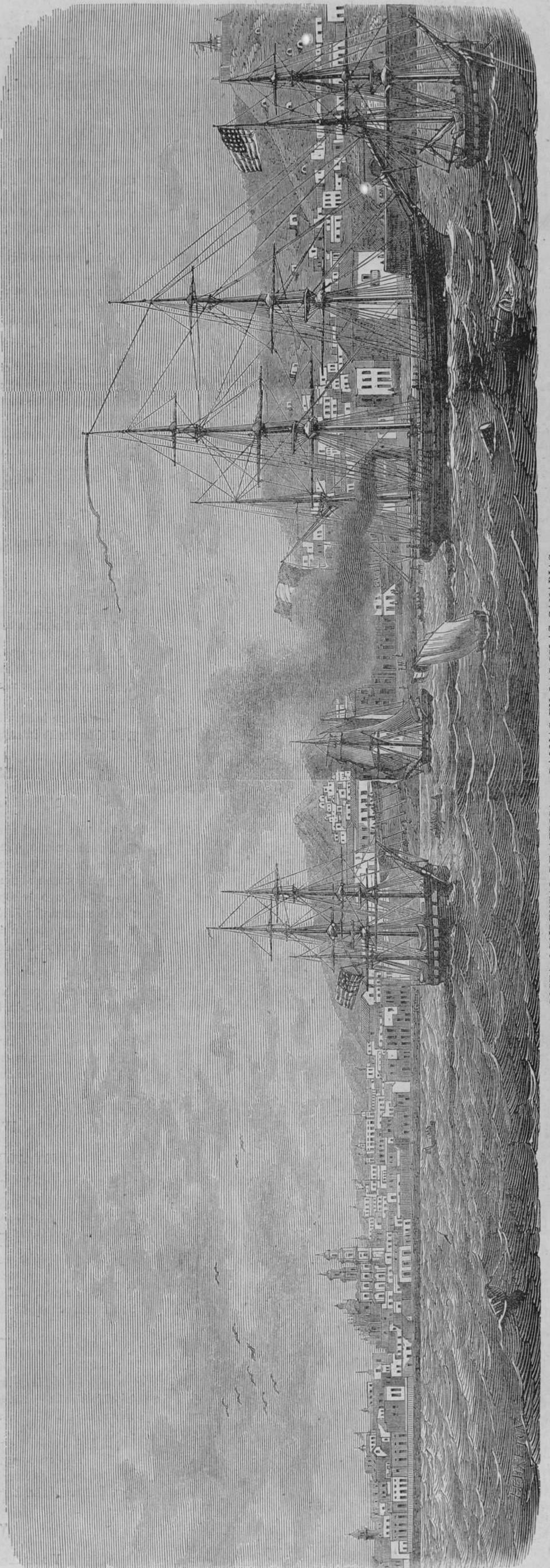
VENDAVAL EN LA RADA DE SANTA CRUZ DE TENERIFE.

ritima sobre la costa occidental de Africa, entre los cabos Bojador y Blanco. La exportación de frutos del país constituye un ramo de comercio muy importante, y da mucho impulso á las relaciones comerciales de Palmas.

La vista de Santa Cruz de Tenerife que representa nuestro grabado, está tomada cuando sopla el terrible vendaval, que ordinariamente produce desgracias en la rada, en el muelle y en la ciudad.

En la estación de invierno el fondeadero de Santa Cruz, abierto á todos los vientos, salvo los del Norte y Nordeste, es con frecuencia teatro de catástrofes terribles que ponen en peligro la vida de los marinos y los intereses del comercio. Este año ha habido bastantes desgracias, y el muelle y el paseo público quedaron deteriorados con los vendavales.

A. M.



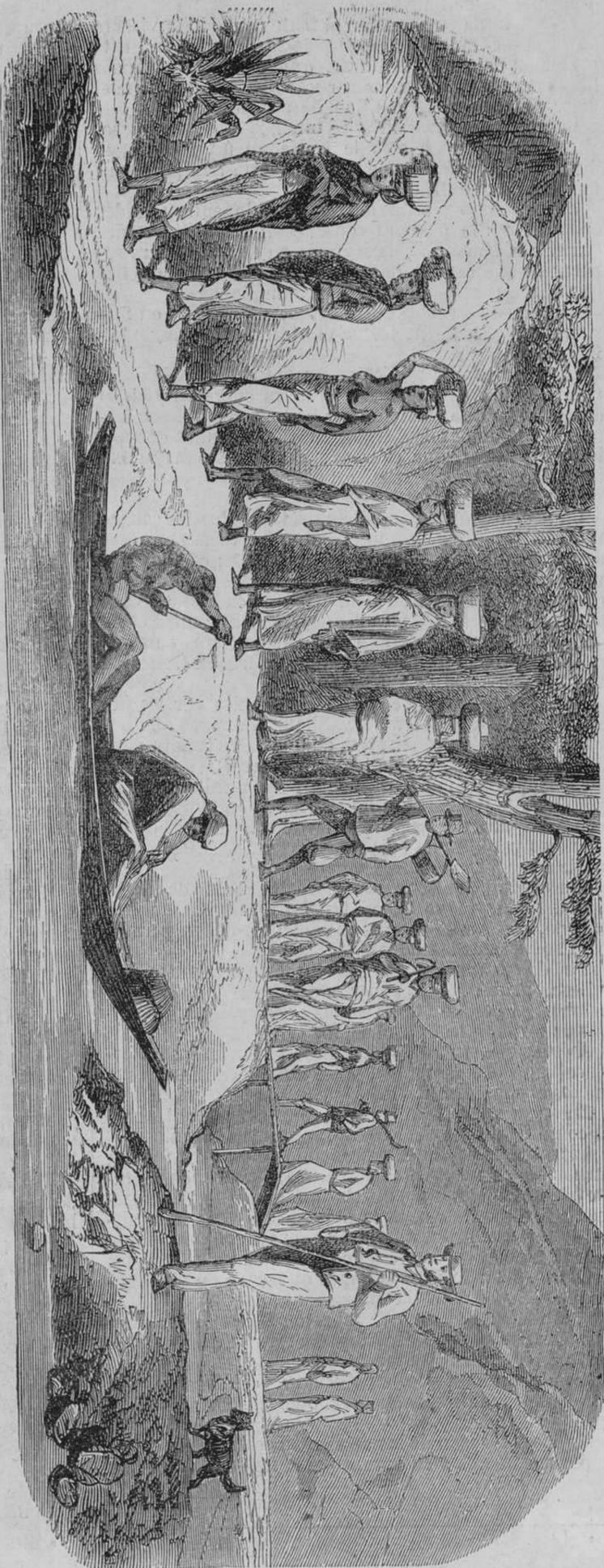
COSTA OCCIDENTAL DE AFRICA. — PALMAS EN LAS ISLAS CANARIAS.

El café en las colonias holandesas.

Diremos algunas palabras sobre el café antes de entrar en la explicación de los dibujos que acompañan á esta noticia.

Bruce, en su *Viaje por la Abisinia*, viaje que ejecutó de 1768 á 1773, nos dice que el café es procedente de las márgenes del Nilo. Se encuentra en el estado silvestre en el Norte de Kaffa, distrito meridional de la provincia de Navea, y sin duda de ahí proviene el nombre con que es conocido.

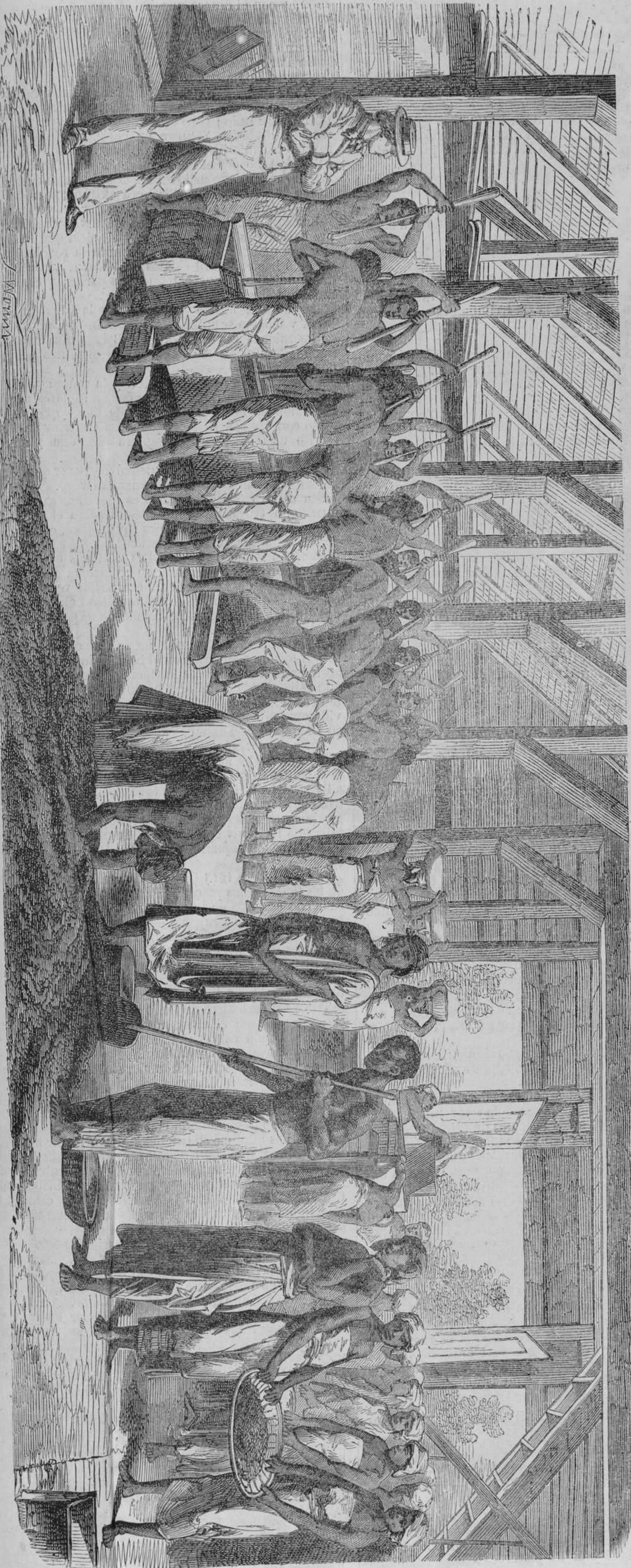
El primer escritor que le menciona es un médico de Augsburgo que se llamaba RAUWOLF; describe la planta del café y señala la propiedad estimulante de su trato, en su *Reise in die morgenlander*, ejecutado en 1592.



CULTIVO DEL CAFÉ EN LAS COLONIAS HOLANDEASAS. — Las negras dirigiéndose á los cateales para recoger el café.

A fines del siglo XV plantaron el árbol en la Arabia, de donde VAN HOORN llevó alguno á Batavia en 1690. Este Van Hoorn, que era gobernador de Java, cuidó mucho estos arbustos que dieron fruto; puso nuevas plantas, y cuando adquirieron un desarrollo conveniente mandó algunas de ellas á Nikolaas Witsen, burgomaestre de Amsterdam y director de la compañía de las Indias. Este las envió al jardín botánico de la ciudad, donde las pusieron en un invernáculo.

El burgomaestre sacó nuevas plantas, y en 1698 envió una á Luis XIV y otra á su amigo el teniente general francés ROSSENS. Cuando estas plantas dieron fruto á su vez y con los frutos se hicieron arbustos, mandaron algunos de ellos á la Martinica; esto era en 1720. De la Martinica el cultivo del café se esparció



MOLIENDA DEL CAFÉ EN UNA HABITACION DE SURINAM.

por las demás Antillas. En 1748 se le encuentra en Borbon, y en 1750 en la isla de Francia.

El arbusto en el estado natural llega á tener quince y veinte piés de altura, pero le cortan hasta la distancia que puede alcanzar la mano: da fruto al segundo año y dos cosechas anuales, una en mayo y otra en setiembre.

El fruto cuando está maduro tiene el color, la forma y casi el tamaño de una cereza; su sabor es azucarado. Las negras le recogen; salen para los cafetales entre las seis y las siete de la mañana (véase el primer dibujo), y vuelven por la tarde entre cuatro y cinco con una cantidad que varia entre 25 y 50 libras, segun el fruto que habia en el árbol. Un árbol en buen estado da cuatro libras de fruto: cien libras de fruto dan quince libras de habas.

Todas las mañanas meten el fruto recogido la víspera entre dos cilindros para despojarle de la carne. Esta operacion deja solo el hueso, que se compone de dos habas pegadas y rodeadas por una película que tiene el color y el grueso de una hoja de pergamino.

Luego ponen al sol durante muchos dias este hueso, y cuando está bien seco le trasladan á un cobertizo (en holandés *loods*), donde le dejan cierto tiempo, segun la época en que debe venderse.

En ese estado y antes de ser vendido, sufre aun dos operaciones: la primera consiste en machacarle para quitarle la película, y la segunda en escogerle para separar los granos que han quedado enteros de aquellos que han quedado quebrados en la molienda.

La primera de estas operaciones, que llaman en Surinam *koffy stampen*, forma el asunto del segundo dibujo.

Los negros son reunidos en un gran edificio de dos ó tres pisos de cien piés de largo sobre cuarenta y cinco de ancho, y que llaman *koffy loods*; en el primer término están amontonadas sobre un lienzo unas dos mil libras de habas, que es la cantidad que sin fatiga extremada puede molerse en un dia.

Un blanco vigila á los negros.

Un negro con una paleta de madera llena los canastillos de tres ó cuatro mujeres que los vacian en unos agujeros de la capacidad de un sombrero; estos agujeros cuya forma es cónica, están abiertos de distancia en distancia en un tronco de árbol de cuarenta á cincuenta piés de largo, y cada agujero está ocupado por dos negros provistos de una mano de mortero de madera dura, y colocados uno enfrente de otro. El tronco de árbol se llama *koffy mata*.

En el fondo sentado en el suelo y oculto por los últimos negros está el *kwa kwa man*; un negro que pega con dos varillas de madera en una tabla sonora para dirigir el movimiento de los trabajadores.

En cuanto el tronco está lleno hasta la mitad ese negro da un golpe fuerte y lanza un grito prolongado. A esta señal una de las hileras levanta las manos de los morteros y la otra los baja; el *kwa kwa* toca una especie de carga y las mujeres se ponen á cantar.

Cinco minutos bastan para despojar al café de su película. Los negros se hallan tan acostumbrados á este trabajo, que saben por instinto cuándo deben pararse para no quebrar las habas.

Uno de ellos, regularmente el que se encuentra á la cabeza, grita: *Mahu*, alargando mucho el final de la palabra. Al instante todos se detienen y dejan las manos de los morteros en el suelo.

A esta señal cuatro ó cinco mujeres llevan los canastillos junto al *koffy mata*, y los negros vacian con sus manos el contenido de los agujeros en los canastillos.

Entonces vuelven á llenar los agujeros, y el trabajo se continúa acompañado de los mismos cantares.

Las mujeres echan el café molido en una manga con un molino de viento colocado entre la puerta de entrada y la de salida, dos puertas que se hallan una enfrente de otra. En cuanto la manga está llena una mujer pone la rueda del molino en movimiento, de lo que resulta una fuerte corriente de aire que echa fuera las películas, dejando solo las habas que caen en un cubeto que está debajo de la manga.

Luego otras mujeres se reparten estas habas para zarandearlas y quitarlas los cuerpos extraños y el polvo.

Terminado todo esto, encajonan el café hasta el dia en que llega un buque encargado de trasportarle á Europa.

Entonces le sacan de las cajas para escogerle, y luego le ponen en sacos ó en barriles para mandarle á bordo.

A. B.

LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

Lady Jane correspondia á esta confianza con la amistad mas tierna y franca.

En las largas noches de otoño lady Jane, sentada al piano, cantaba á miss Crawley cánticos sencillos y suaves romanzas, cuando ya los rayos del sol apagándose en el horizonte no dejaban en el cielo mas que una claridad dudosa. Así que se paraba, miss Crawley se despertaba sobresaltada, y le pedia que continuara, y Briggs, sentada en un rincon derramaba lágrimas de una voluptuosidad inefable.

Pitt encerrado en el comedor con algunos folletos sobre los cereales ó con la *Revista de las Misiones*, se en-

tregaba al placer tradicional de todos los ingleses despues de la comida. Bebia madera, hacia castillos en el aire, se comparaba con Adonis, y descubria que su amor á Jane crecia cada vez mas en los siete años que hacia que la amaba.

Estas reflexiones le conducian insensiblemente á roncar algunas horas.

— Quisiera hallar una persona que jugara conmigo; creo que despues de jugar dormiria mejor.

Lady Jane se sonrojó, y al cabo se atrevió á decir:

— Yo sé jugar un poco á las cartas; he jugado algunas veces con mi padre.

— Venid á darme un beso, hija mia, exclamó miss Crawley extasiada.

Cuando Pitt con su folleto en la mano subió á la pieza en donde estaban las señoras, halló á su tia y á su futura muy ocupadas con los naipes.

La tímida lady Jane se sonrojó mucho aquella noche.

Ninguna de las maniobras de M. Pitt escapaba á la atencion de sus parientes del rectorado de Crawley-la-Reina. Sus progresos con la tia irritaban hasta lo sumo á sus parientes del presbiterio.

Mistress Bute se desesperaba.

Un dia Bute tuvo un rasgo de genio que halló como de costumbre en el fondo de un jarro de cerveza.

— Deberíamos enviar á Jim, para ver si puede hacer algo, dijo á su mujer. Ya pronto tomará sus grados en Oxford, y salvo sus dos reverses... pero ¿quién no los ha tenido?... Es un buen muchacho, y que tiene su geniecillo... Si le incomoda Pitt, no tiene mas que retorcerle el pescuezo.

— Jim puede ir á verla, respondió mistress Bute lanzando un suspiro; lo mejor seria que tomara en su casa una de vuestras niñas... pero no quiere verlas, dice que son feas.

En aquel momento Jim entró de la cuadra, con una pipa corta y negra en el galon grasiento de su sombrero. Comenzó á hablar con su padre de las apuestas de las últimas carreras, y así dió punto á la conversacion de los dos esposos.

Mistress Bute no aseguraba nada bueno de la visita de Jim, que para ella era el esfuerzo supremo de la desesperacion. Tampoco el jóven tenia mucho gusto en desempeñar la mision que le encargaban; pero se consoló pensando que su tia podria hacerle un buen regalo que le permitiera pagar algunas de sus deudas.

Jim salió pues para Brighton con un canasto de los productos de la hacienda que debia ofrecer á miss Crawley de parte de la familia.

Miss Crawley no habia visto á Jim desde que estaba en la escuela; entonces no podia ser clasificado con acierto, pero ahora era ya un hombre cumplido. Gracias á su educacion clásica, poseia ese tinte inapreciable que solo da la vida universitaria. Acribillado de deudas y con calabazas en todos los exámenes, nada faltaba á su reputacion de buen muchacho; por lo demás, era un buen mozo.

Cuando se presentó á su tia su rostro encarnado y su torpeza le valieron la simpatía de miss Crawley, que siempre se dejaba seducir por esos símbolos de salud y de inocencia.

Pitt se hallaba en el cuarto de miss Crawley cuando anunciaron al otro, y palideció al oír su nombre.

Miss Crawley estaba de buen humor; se divirtió con las alarmas de Pitt, y trató de aumentarlas.

Se informó con interés de todos los habitantes del presbiterio; dijo que tenia intenciones de ir á pasar con ellos algunos dias, le llevó á paseo, le sentó á su lado á la mesa, y le mandó preparar un cuarto en su casa, ordenando al propio tiempo que se pagara el gasto que habia hecho en la fonda.

Jim pasó una parte de la mañana siguiente escribiendo á su madre la relacion de la brillante acogida que le habia dispensado miss Crawley.

Pero ¡ay! ignoraba las amargas decepciones que le estaban preparadas; su favor debia ser un terrible ejemplo de la fragilidad de las cosas de este mundo.

Primeramente en la cuenta de la fonda se encontraba una partida de diez y ocho copas de aguardiente que habia bebido con dos amigos suyos que halló en el camino; despues en la mesa se olvidó del lugar en que estaba; y se excedió en la bebida; y por último, al retirarse á su cuarto se puso á fumar una pipa, y el humo del tabaco invadió toda la casa y llegó en toda su fuerza á los aposentos de miss Crawley y de miss Briggs.

Al otro dia el criado que le llevó las botas y el agua caliente para la barba, le entregó un billete escrito por miss Briggs que decia de esta manera:

« Miss Crawley ha pasado una mala noche, y lo atribuye al olor del tabaco con que habeis llenado su casa. Hallándose indisputada hoy, me encarga os manifieste su sentimiento por no poderos recibir antes de vuestra marcha, y deplora haberos sacado de la posada donde habriais hallado mejor que aqui las cosas que os son agradables. »

Aquí concluye la carrera de Jim como aspirante á los favores de su tia.

¿ Qué habia sido durante este tiempo de la primera favorita de miss Crawley, la que antes que nadie se empeñó en la conquista de la herencia? »

Rebeca y Rawdon se reunieron en buena salud despues de la batalla de Waterloo, y fueron á pasar juntos el invierno de 1815 en Paris, en medio de todo el refinamiento del lujo y de los placeres. Rebeca calculaba

bien, y con el dinero que habia sacado á José por sus caballos, tenia para pasar un año en la opulencia.

Rawdon admiraba todas las disposiciones de su mujer con un entusiasmo que rayaba en delirio.

En Paris Rebeca marchó de triunfo en triunfo. Las francesas la hallaban encantadora; ella hablaba su lengua con perfeccion, y las imitaba en sus modas, su presteza y sus maneras. Su marido, á decir verdad, era un hombre nulo; pero tal es el carácter general de los maridos ingleses. Y luego en Paris, sabido es que un marido ridículo hace á una mujer interesante. Además, ¿ Rawdon no era el heredero de la rica miss Crawley, la que habia dado asilo en su casa á tantos emigrados franceses de la nobleza? No era extraño pues que los palacios de estos se abrieran á la mujer del coronel.

Una gran señora á quien miss Crawley habia comprado sin regatear sus encajes y alhajas, que habia recibido á menudo en su casa durante la revolucion, la escribió haciendo mil elogios de Rebeca, y participándole que se la disputaban en todas partes, y era admirada de todos, hasta en Tullerías.

La tia se puso furiosa cuando supo la situacion de Rebeca, y vió que se cubria con su nombre para insinuarse en los salones á la moda. Dictó á Briggs una carta furibunda denunciándola como la persona mas peligrosa por sus artificios y sus intrigas.

Pero la carta estaba en inglés, y la señora que la recibió, habiendo pasado veinte años en Inglaterra, podia excusarse de no comprenderla; de modo que se contentó con decir á Rebeca que miss Crawley la habia escrito una carta muy lisonjera para ella y su marido.

Desde entonces Rebeca comenzó á esperar que se acabarían los resentimientos de miss Crawley.

Sea como quiera, lo cierto es que Rebeca figuraba mucho en Paris. Sus reuniones ofrecian el aspecto de un pequeño congreso europeo: prusianos, cosacos, españoles, ingleses y franceses acudian á su salon, pues durante el famoso invierno de 1815 Paris era el punto de reunion de todo el mundo civilizado. Si el barrio aristocrático de Lóndres hubiera podido ver las condecoraciones que cubrian el pecho de los nobles convidados de Rebeca, no habria dejado de experimentar los celos mas violentos.

Los capitanes mas nombrados de la época daban vueltas en torno de su coche en el bosque de Boulogne, ó se apiñaban en su palco de la Opera. El corazon de Rawdon rebosaba de orgullo, y como en Paris no tenia que temer la importunidad de ningun acreedor, se daba una vida opulenta y se le veia en todas partes. La mitad de su tiempo le pasaba en el juego, y siempre con suerte.

Tufo no participaba de la alegría general, pues su señora habia tenido el capricho de ver Paris, y por otra parte mas de veinte generales prodigaban sus atenciones á Rebeca. Lady Bareacres y todo el estado mayor femenino sufrían crueles tormentos al presenciar los triunfos de aquella advenediza cuya lengua de doble filo dejaba una llaga viva en el alma de aquellas castas personas. Pero nada se podia contra ella; tenia á los hombres en su partido.

El invierno de 1815 trascurrió para Rebeca en medio de las fiestas y los placeres. Parecia estar tan familiarizada con esa vida de lujo y de elegancia como si jamás hubiera conocido otra.

En los primeros dias de la primavera de 1816 se leian las líneas siguientes en el *Galignani's Messenger*:

« El 26 de marzo mistress Crawley, mujer del teniente coronel Crawley del regimiento n.º... de los Life Guards, ha dado á luz un hijo. »

Todos los periódicos de Lóndres repitieron esta noticia, y un dia en el almuerzo miss Briggs leyendo un diario, anunció á miss Crawley el aumento que habia sobrevenido en su familia. Aunque estaba previsto, este acontecimiento dió lugar á una crisis terrible en las resoluciones de miss Crawley. Su furor llegó al último extremo; mandó un recado para que viniera al punto su sobrino M. Pitt y la condesa, y exigió inmediatamente la celebracion de la boda proyectada hacia tanto tiempo. Les anunció su intencion de constituir á los jóvenes esposos una renta de mil libras esterlinas durante su vida, y luego á su muerte sus bienes pasaban á ser propiedad de su sobrino y su querida sobrina Jane Crawley. Se redactaron las escrituras y se celebró el matrimonio por un obispo, con gran desconsuelo del doctor Ivons.

Despues de la ceremonia Pitt habria deseado viajar con su esposa como es costumbre entre las personas de su rango; pero la ternura de la anciana respecto á la jóven llegó á tal grado de intensidad, que declaró categóricamente no podia separarse de su favorita.

Pitt y su mujer se fueron pues á vivir en casa de miss Crawley. El pobre Pitt no estaba muy contento con estos arreglos, pues se encontraba así dominado por miss Crawley y por la condesa, que se habia fijado en la vecindad, y de allí pretendia gobernar á toda la familia.

En muy poco tiempo miss Crawley perdió hasta la apariencia de la autoridad, y se hizo tan temerosa que ya trataba con indulgencia á Briggs; queria cada dia mas á su sobrina, y el terror que la muerte la inspiraba iba creciendo por instantes.

XXXV.

VIUDA Y MADRE.

La sensacion que produjo en Inglaterra la batalla de Waterloo fué inmensa; los Tres Reinos se estremecie-

ron de orgullo y de dolor con el anuncio de esos gloriosos hechos de armas, pero los cantos de la victoria no podían hacer olvidar las lágrimas que se habían á los heridos y á los muertos.

Las noticias que traía la Gaceta cayeron como una bomba en casa de los Osborne. Las jóvenes no trataron de disimular su dolor al ver el nombre de Jorge en la lista de las víctimas. El padre, minado ya por un gran pesar, quedó mas abatido bajo el peso de ese último infortunio; quiso persuadirse de que la mano de Dios había herido á su hijo por su desobediencia.

Sin embargo, á veces sobrecogido de un terror súbito se estremecía en cara la desgracia de su hijo. Hasta entonces la reconciliación le había aparecido en el porvenir como una esperanza vaga y lejana. Ahora todo estaba acabado.

El desdichado anciano sucumbía bajo el peso de ese gran infortunio sin tener á quien abrir su corazón. No le oyeron pronunciar una sola vez el nombre de su hijo, y ordenó que todo el mundo en la casa se vistiera de luto. En la morada de los Osborne, antes tan alegre, no debían resonar en mucho tiempo gritos de fiesta y de placer. No dijo nada á su futuro yerno, para cuya boda se había fijado día; pero este leyó en la cara de M. Osborne que tampoco debía interrogarle ni apresurar la época de la ceremonia.

Unas tres semanas después del 18 de junio, un amigo de la casa, sir William Dobbin se presentó á ver á M. Osborne, y le encontró en su despacho.

Dobbin después de pronunciar algunas palabras interrumpidas, acabó por sacar de su cartera una carta con un gran sello de lacre encarnado.

— Mi hijo el mayor Dobbin, dijo el alderman, me ha enviado una carta en la cual venía otra para vos, Osborne.

El alderman dejó el papel sobre la mesa, y Osborne durante dos minutos clavó en él una mirada.

Esa mirada fija perturbó el alma del visitante, que compadecido á la vista de tal infortunio, se retiró sin decir una palabra.

La carta era de Jorge, y la había escrito en la mañana del 16 de junio, un poco antes de despedirse de Amelia.

El contenido no era largo; un sentimiento de orgullo no le había permitido á Jorge abandonarse á las dulces expansiones del corazón. Decía únicamente que no había querido marchar al campo de batalla sin despedirse de su padre, sin recomendarle en ese momento solemne la mujer y quizá el hijo que dejaba en el mundo. Manifestaba su arrepentimiento de haber hecho con sus gastos locos una brecha tan grande en la herencia materna; daba gracias á su padre por todo lo que había hecho por él, y le prometía, fuese cual quisiera la suerte que le reservaba el destino, mostrarse siempre digno del nombre que llevaba.

Un sentimiento de orgullo, ó quizá un respeto humano mal entendido le impidieron extenderse en esta carta; pero además, ¿podía ver su padre los besos con que había cubierto el sobre? Con el alma llena á la vez de pesar y de deseos de venganza, M. Osborne dejó escapar la carta de sus manos; amaba á su hijo, pero no le había perdonado.

Dos meses después de la recepción de esta carta, las señoritas Osborne que habían acompañado á su padre á la iglesia, le vieron colocarse en otro asiento que el que ocupaba ordinariamente durante el servicio divino; desde aquel lugar tenía fijos los ojos en la parte de la pared que estaba sobre su cabeza. Los ojos de las jóvenes tomaron al punto la misma dirección, y distinguieron un bajo relieve incrustado en el muro, donde se veía á la Gran Bretaña llorando apoyada en una urna; una espada rota y un león tendido indicaban que era aquel un monumento conmemorativo consagrado al recuerdo de un guerrero muerto en el campo del honor.

Bajo el mármol funerario se veían esculpidas las armas de los Osborne, y una inscripción concebida en estos términos:

A LA MEMORIA

DE JORGE OSBORNE, ESQUIRE,

CAPITAN DEL REGIMIENTO N.º... DE INFANTERÍA

DE SU MAJESTAD,

MUERTO A LA EDAD DE VEINTE Y OCHO AÑOS

COMBATIENDO POR SU REY Y SU PAIS,

EN LA FAMOSA JORNADA DE WATERLOO.

EL 18 DE JUNIO DE 1815.

Dulce et decorum est pro patria mori.

Al ver esto las dos hermanas experimentaron tal emoción, que miss María tuvo que salir de la iglesia. Los asistentes abrieron paso con respeto á aquellas dos jóvenes vestidas de luto, cuyos sollozos inspiraban la compasión, tanto como el dolor mudo de su anciano padre, inmóvil en su puesto.

— Quizá piensa en perdonar á mistress Jorge, se dijeron con inquietud las dos hermanas.

Si ambas temían que la casa de su padre se abriera para la viuda de Jorge, sus temores acerca de este punto debieron aumentarse cuando al finalizarse el otoño su padre las dijo que iba á salir para el continente. No explicaba el motivo de su marcha, pero ellas sabían que debía encaminarse á Bélgica, y que la viuda de Jorge no había salido de Bruselas.

Lady Dobbin y sus hijas las habían dado noticias circunstanciadas sobre la pobre Amelia. El capitán había reemplazado al segundo mayor, que quedó en el campo de batalla, y O'Doow; que se había distinguido mucho, había sido nombrado coronel y caballero del Baño.

Mas de un valeroso soldado del regimiento de nuestros amigos pasó el otoño en Bruselas para curarse. Los jardines y los sitios públicos estaban llenos de héroes estropeados en Waterloo, y entre ellos M. Osborne reconoció á varios del regimiento por el uniforme que llevaban. Además se hallaba al corriente de las promociones y los cambios como si hubiese formado parte de aquel cuerpo, pues todo lo que era relativo á él le interesaba en alto grado.

Osborne acompañado de un sargento salió á visitar Waterloo, y estuvo en el sitio donde su hijo, alzando su espada con entusiasmo, había sido herido mortalmente.

— El mayor Dobbin mandó trasladar á Bruselas el cadáver del capitán, dijo el sargento á media voz, donde se le hicieron los últimos honores.

Después de esa dolorosa excursión al teatro de las últimas hazañas del capitán, M. Osborne pagó generosamente á su guía. El desgraciado padre había visitado ya el sepulcro de su hijo, que estaba en el pequeño cementerio de Laken, cerca de la ciudad.

A la vuelta del campo de Waterloo, cuando el carruaje de M. Osborne se acercaba á las puertas de la ciudad, se cruzó con una carretela descubierta donde iban dos señoras y un hombre; á la portezuela marchaba á caballo un oficial.

Osborne se ocultó cuanto pudo para no ser visto. En la carretela estaban Amelia, mistress O'Doow y el joven teniente. Si, era Amelia; pero no fresca y hermosa como la había conocido M. Osborne; su rostro estaba pálido y macilento; tenía la mirada fija, y sin embargo sus ojos no se detenían en ningún objeto; se dirigieron hácia M. Osborne cuando se cruzaron los carruajes, y sin embargo no le reconoció. Lo mismo le sucedió á él, hasta que vió á Dobbin á la portezuela. ¡Oh! Entonces conoció toda la extensión de su odio.

Volviéndose hácia el sargento, que le miraba con ojos recelosos, le dirigió una mirada sombría que parecía decirle:

— ¿Porqué me mirais así? ¿no sabeis que aborrezco de muerte á esa mujer? ¿no sabeis que ella ha destruido todas mis esperanzas, todos mis sueños de orgullo?

Y luego inclinándose hácia el cochero, le dijo:

— Gritad á ese maldito postillon que no se duerma.

Un instante después se oyó el galope de un caballo; era Dobbin que corría detrás del coche de M. Osborne.

— ¡M. Osborne! gritaba Dobbin lanzando su caballo hácia el carruaje, y tendiendo la mano al padre de su amigo.

Osborne contestó con un juramento para que apresurasen la marcha de los caballos.

Dobbin puso su mano sobre la portezuela.

— Tengo que veros, le dijo; tengo que entregaros una carta.

— ¿De parte de esa mujer? preguntó Osborne con desprecio.

— No, repuso Dobbin, de parte de vuestro hijo.

Osborne se reclinó con abatimiento en el fondo del carruaje. Dobbin dejó pasar ese momento de dolor, y se colocó detrás y siguió hasta el hotel de M. Osborne, sin dirigirle mas la palabra.

Una vez llegado al hotel entró con M. Osborne en su habitación; era la misma que habían ocupado los Crawley durante su residencia en Bruselas. ¡Cuántas noches había pasado Jorge en aquel aposento!

— ¿Qué me queréis, capitán Dobbin? ¡Ah! me engaño; habría debido decir mayor Dobbin... Cuando los buenos se van, siempre se hallan personas dispuestas á disputarse lo que dejan, dijo M. Osborne con mal humor.

— Así es, repuso Dobbin, muchos de los buenos han muerto, y precisamente de uno de ellos voy á hablaros.

— Hablad pues.

— Estoy aquí en calidad de su amigo mas íntimo, y como ejecutor de sus últimas voluntades. Antes de marchar al combate, hizo testamento; ya sabeis que sus recursos eran muy escasos... pero ignorais quizá la situación deplorable de su viuda.

— Nada tengo que ver con ella, repuso Osborne; que se vaya con su padre.

Como tenía un interlocutor bien resuelto á no incomodarse, Dobbin continuó sin hacer caso de esta reflexión estemporánea.

— No sabeis cuál es la situación de mistress Osborne; el terrible golpe que acaba de sufrir ha destruido su salud y ha perturbado su razón; es muy dudoso que llegue á restablecerse. Sin embargo, aun queda una esperanza; pronto será madre, ¿queréis que pese sobre el hijo la maldición que habeis echado al padre? No, no, por amor á Jorge, perdonareis á esa criatura inocente.

Osborne prorrumpió entonces en mil imprecaciones contra su hijo, aunque teniendo buen cuidado de justificar su conducta. Para disculparse mejor de sus rigores con su propia conciencia, se esforzaba en exagerar la desobediencia de su hijo.

— Por mi parte añadió, he jurado no hablar nunca á esa mujer, ni reconocerla como esposa de mi hijo, y os autorizo para repetirselo, insistiendo mucho en estas palabras: que seguiré firme en esta resolución hasta el postrer instante de mi vida.

Preciso era pues, renunciar á toda esperanza. La viuda de Jorge debía contar no mas que con sus propios recursos, y con la ayuda que podía prestarle José.

— Seria inútil ocultarla lo que pasa, dijo Dobbin con tristeza; ahora todo es para ella indiferente.

Con efecto, la pobre mujer estaba aniquilada bajo el peso de su infortunio; el dolor la había, digámoslo así, privado de sentimiento, y aun en presencia de las señales de benevolencia y amistad que se esforzaban en prodigarla, no podía triunfar de aquella especie de indiferencia moral en que se hallaba sumergida.

Por fin llegó el día en que la pobre viuda pudo estrechar sobre su corazón un niño en quien revivían los rasgos de Jorge, un niño hermoso como un querubín. Su primer grito produjo en ella el efecto de una resurrección, y comenzó á reír y á llorar de alegría. El amor y la esperanza reanimaron aquel corazón, sobre el cual descansaba el niño. ¡Amelia estaba salvada! Los médicos que la asistían vieron en aquella crisis un anuncio de su restablecimiento.

El alma de Dobbin rebotaba de júbilo. El fué quien llevó á Inglaterra á mistress Osborne, y la entregó á sus padres. Amelia consagró toda su vida al niño. Ella le criaba, pues por nada en el mundo habría consentido en confiarle á una nodriza. El mayor favor que podía acordar á Dobbin, en calidad de padrino, era que de tiempo en tiempo meciera al niño para dormirle.

William Dobbin observaba constantemente á la madre. Si su amor le daba suficiente penetración para adivinar los sentimientos del corazón de Amelia, veía muy claramente que aun no había puesto para él; su alma paciente aceptaba su suerte.

En cuanto á los padres de Amelia sin duda habían penetrado ya las intenciones del mayor, y no se mostraban mal dispuestos. Todos los días Dobbin iba á verlos, y pasaba allí horas enteras con ellos, con Amelia, con el honrado M. Clapp y su familia. Con diversos pretextos traía siempre alguna cosa. Había sabido conciliarse las buenas gracias de la niña de M. Clapp, la favorita de Amelia, que con frecuencia introducía á nuestro amigo cerca de mistress Osborne.

Un día esta no pudo menos de reirse cuando vió entrar al mayor cargado de juguetes, que consistían en un tambor, una cartuchera y otros objetos no menos guerreros, para el niño Jorge, que apenas tenía seis meses.

El niño estaba durmiendo.

— ¡Silencio! exclamó Amelia temiendo que se despertara con el ruido que metían las botas del mayor.

Y se sonreía al mismo tiempo viendo á Dobbin que con sus juguetes no podía tomar la mano que ella le tendía.

— Retiraos, María, dijo á la niña; tengo que hablar á mistress Osborne.

Esta clavó en él una mirada de sorpresa, y luego volvió los ojos á la cuna de su hijo.

— Vengo á despedirme de vos, Amelia, le dijo tomando su mano blanca y delicada.

— ¡Cómo! ¿Os marchais? exclamó ella sonriendo.

— Entregareis vuestras cartas á mis correspondientes, y ellos me las dirigirán á mí... porque creo que me escribireis... Me ausento por mucho tiempo.

— Os daré noticias de Jorge, mi querido Williams; pues sois muy bueno para él y para mí; mirad qué carita... ¿no es verdad que parece un ángel.

Las manitas rosadas del niño estrecharon maquinalmente el dedo del soldado, y los ojos de Amelia brillaron con toda la satisfacción del orgullo materno. Esa mirada en que resplandecía la ternura mas viva y mas ardiente, desconsoló hasta lo sumo al pobre mayor. Permaneció algunos minutos inclinado hácia el niño en una contemplación silenciosa, y en fin, haciendo un esfuerzo supremo pudo hallar bastante energía para decir:

— ¡Dios mio! protegedle!

(Se continuará.)

Cárceles militares en Argelia

En el nuevo código de justicia militar promulgado en Francia el 9 de junio de 1834, las penas señaladas para los crímenes y delitos militares son estas: la muerte, la degradación militar, la destitución de los trabajos públicos y el encierro. Los establecimientos militares de represión penal son de tres clases: los talleres de trabajos públicos, los penitenciarios y las cárceles militares.

En los talleres de trabajos públicos entran los militares condenados por los consejos de guerra por crímenes ó delitos previstos en el código de justicia militar (título II, libro IV), así como aquellos que han obtenido una conmutación de pena. Llevar todos un vestido de tela oscura.

A los penitenciarios van aquellos que han sido condenados á encierro, y los que han obtenido la conmutación de una pena mas grave. Llevan un vestido de color gris con cuello amarillo, que tiene cierta analogía con el uniforme militar.

En las cárceles militares se hallan separados:

- 1º Los militares en prevención;
- 2º Los militares que viajan escoltados por la gendarmería;
- 3º Los militares castigados por faltas de disciplina;
- 4º Los militares condenados que esperan salir para su destino;

5º Los militares condenados á encierro y que no deben ser enviados á los penitenciarios.

Los talleres de trabajos públicos y los penitenciarios militares están bajo el mando de capitanes en actividad de servicio destacados de sus regimientos. A la cabeza de las cárceles militares hay agentes principales, antiguos militares nombrados por el ministro de la Guerra.

En cada uno de esos establecimientos el trabajo es obligatorio y relativo al objeto que se quiere alcanzar. Este objeto, como dice con razon un escritor muy competente en la materia, M. Leon Vidal, inspector general de las cárceles militares, debe ser ante todo el conservar y aun aumentar las fuerzas de los detenidos, á fin de que vuelvan á sus cuerpos, no solo corregidos y mejorados, sino tambien fuertes y en disposicion de soportar las duras tareas de la guerra.

Algunos años despues de la conquista de Argel varios condenados al grillete y á los trabajos públicos que sufrían su pena en Francia, fueron enviados al Africa y puestos á la disposicion de los ingenieros militares y del cuerpo de puentes y calzadas. En 1836 existían ya en Africa cuatro talleres; dos de condenados al grillete en Argel y en Mers-el-Kebir cerca de Oran, y dos de condenados á trabajos públicos en las mismas localidades. El efectivo de los condenados era entonces de cerca de 1,000.

En 1837 se creó en Bona un taller para los de grillete, que contenía 200 hombres. En 1843, el mariscal duque de Dalmacia, ministro de la Guerra, dió á los talleres una nueva organizacion; el minimum de la poblacion de estos establecimientos se fijó en 200 hombres y el maximum en 500.

Entonces hubo en Argelia ocho talleres, cinco para los de grillete y tres para los de trabajos públicos; pero en ejecucion del nuevo código de justicia militar, existen en el dia siete talleres, todos de trabajos públicos, situados en estos puntos: núm. 1 en Argel, número 2 en Tenez, núm. 3 en Oran, núm. 4 en Bona, nú-

mero 5 en Mers-el-Kebir, núm. 6 en Bona, y núm. 7 en Cherchell.

Por término medio, el efectivo de los condenados que de 1,866 en 1843 bajó en 1855 á 1,457 para subir de nuevo en 1857 á 1,739, ha bajado en 1858 á 1,600. Esta disminucion proviene principalmente de que la pena de trabajos públicos se pronuncia con menos frecuencia que la de encierro desde la aplicacion del nuevo código.

Los penitenciarios militares son cinco, tres de ellos en Francia, en Metz, en Besançon y en Lion, y dos en Argelia, en Argel y en Duera.

tres provincias cuenta varias cárceles militares. — Division de Argel: Argel, Cherchell, Blidah, Milianah y Tenez. — Division de Oran: Oran, fuerte San Gregorio y Mostaganen. — Division de Constantina: Constantina, Bona, Philippeville y Bougia.

En Argel la cárcel militar se halla instalada en el Fuerte Nuevo.

El traje de los presos se compone de efectos de vestuario fuera de servicio suministrados por los cuerpos; además tienen vestidos particulares para el trabajo. Cuando llega el condenado, registran sus prendas y las guardan con un rótulo en el almacén especial, de don-

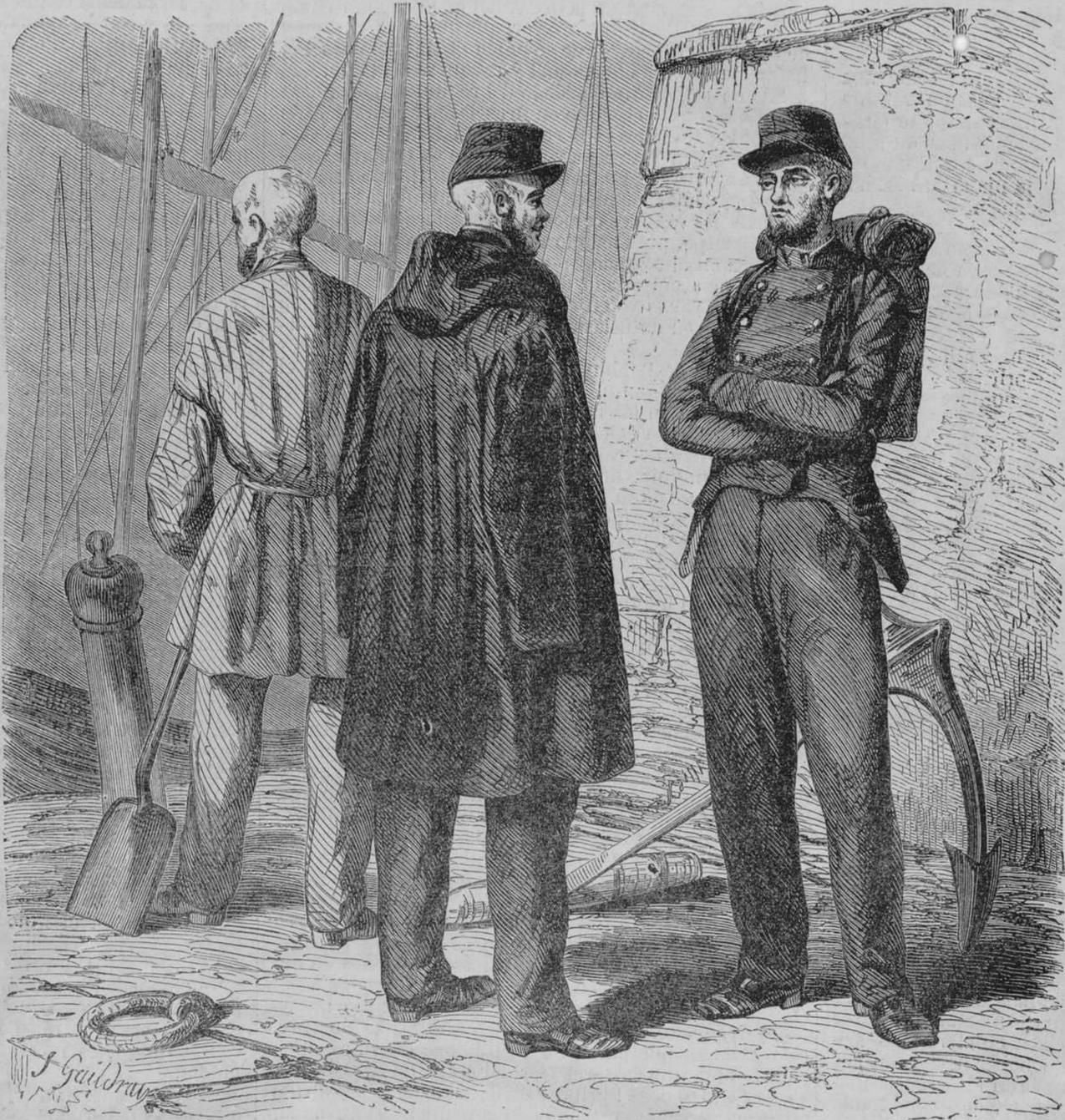
El penitenciario de Argel se organizó en el fuerte de las Veinticuatro Horas en 1843, y se trasladó el 1º de mayo de 1848 al fuerte Babazon. Muchos de los detenidos se ocupan allí en trabajos industriales: los otros se emplean por excepcion en obras de utilidad pública para el establecimiento.

El penitenciario de Duera creado el 20 de julio de 1855, no ha cesado de recibir exclusivamente á todos los militares condenados por los consejos de guerra de la Argelia á mas de un año de encierro. En la ausencia de trabajos industriales todos los detenidos en ese establecimiento se hallan ocupados hasta nueva orden en obras exteriores.

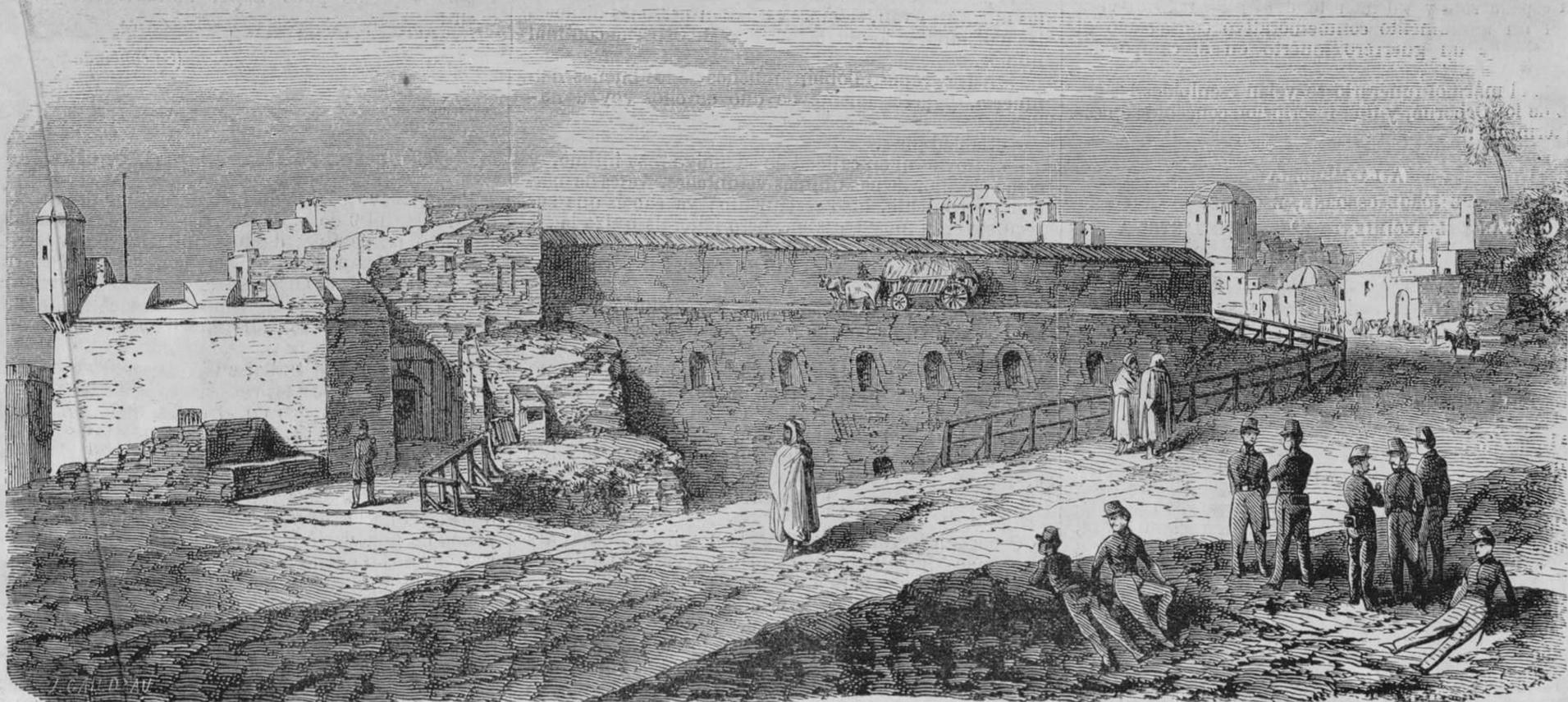
El penitenciario de Argel puede contener 500 presos, y el de Duera 550.

Por un reglamento de 23 de julio de 1856 se ha completado la organizacion de los penitenciarios militares, dando una direccion uniforme á un servicio cuya importancia es incontestable. Los detenidos encuentran allí jefes militares: la disciplina que han podido olvidar un momento, les espera de nuevo, y por último, tienen el trabajo como medio de rehabilitacion, sin que se hallen exentos de él mas que cuando caen enfermos.

En Francia, salvo algunas excepciones, existe una cárcel militar en cada plaza donde hay consejo de guerra. En la Argelia cada una de las



CARCELES MILITARES EN ARGELIA. — TRAJE DE LOS PRESOS MILITARES EN ARGEL.



ENTRADA DEL FUERTE-NUOVO, QUE SIRVE DE CARCEL MILITAR.

de las sacan para entregárselas el día en que ha cumplido su pena. Los disciplinarios conservan su uniforme.

Las cárceles militares están regidas por un reglamento del 9 de marzo de 1832, del que tomamos una parte de los pormenores siguientes:

Los detenidos que sufren la pena de encierro deben estar separados en dos secciones que carezcan de comunicacion. La primera seccion es la de los presos por delitos militares, como falta de obediencia, venta ó disipacion de efectos, etc.; y la segunda es la de los presos por delitos comunes, como robos, estafas, abuso de confianza, etc.

En los talleres, en el refectorio y en la capilla los vigilantes evitan las relaciones entre los presos de una y otra seccion.



CELEBRACION DEL SERVICIO RELIGIOSO EN LA CAPILLA DEL FUERTE NUEVO.

Las horas de recreo son diferentes.

Las cárceles militares importantes como la de la primera division, se hallan bajo el mando de un oficial. El comandante ejerce una vigilancia activa en todas las partes del servicio.

Un eclesiástico designado por el ministro llena las funciones de capellan, que consisten principalmente en celebrar los días de fiesta una misa baja seguida de una plática.

Los detenidos, segun la gravedad de sus faltas, pueden ser castigados con la privacion de recreo, con trabajo extraordinario, la celdilla ordinaria ó el calabozo. Además pueden quedar privados de otros alimentos que el pan y la sopa cada dos días, y aun se les ponen grillos cuando cometen actos de violencia. Los castigos impuestos á los presos se



LOS PRESOS EN LA HORA DE RECREO.

inscriben en un registro especial.

Deben levantarse á las seis de la mañana del 1º de abril al 30 de setiembre, y á las siete y media del 1º de octubre al 31 de marzo. Se retiran á las ocho en mayo, junio, julio y agosto, y á las siete en setiembre, octubre, marzo y abril, y á las cinco en noviembre, diciembre, enero y febrero.

Las puertas de los cuartos no se cierran hasta que se ha pasado lista. Se distribuye la sopa á los detenidos de las once á las doce, á menos que la autoridad militar disponga otra cosa.

Los presos de cada categoria son conducidos separadamente al re-



LOS DORMITORIOS.

refectorio. Después de haber comido la sopa los disciplinarios disfrutan de una hora de libertad en el patio. Puede acordárseles otra hora de recreo de cuatro á ocho segun las estaciones.

Se autoriza el uso del tabaco en polvo; pero el de fumar solo se tolera en el patio cuando de ello no pueden resultar inconvenientes.

Uno ó mas vigilantes deben estar siempre con los presos en el refectorio, en la cantina ó en el patio.

Están prohibidos los juegos de azar y tambien todo préstamo de dinero entre los presos, así como los cánticos y toda demostracion

que pueda turbar el silencio. Cada medio año se pasa revista de inspección en las cárceles militares. El ministro de la Guerra dirige cada vez instrucciones especiales sobre los cuadros de proposición de gracia ó de reducción de pena que deben establecerse. Pueden ser comprendidos en una ú otra de estas categorías los presos de buena conducta y que han sufrido la mitad de su pena.

En 1852 se crearon colonias penitenciarias para los transportados de resultas de los sucesos de 1851 en los puntos siguientes: en la division de Argel en Duera, Ain-Benian, Ain-Sultan, Ued-Butan, Burkika, Ben-N-chud; en la division de Oran en Sidi-Brahim, y en la de Constantina en Ain-Chuga. Su efectivo se elevó á cerca de 2,000 hombres en 1853; luego fué en disminución por las gracias acordadas. Estas colonias se suprimieron en 1856.

El establecimiento de Lambessa donde se hallan aun unos cincuenta de los transportados en 1848, fué creado el 31 de enero de 1850. Los transportados fueron llevados allí en mayo de 1851. Hasta entonces habian estado en Bellé-Ile-en-Mer, en número de 4 á 5,000. En Lambessa que cuenta 1,500 plazas, se ha puesto en vigor el reglamento de los penitenciarios militares, salvo el trabajo obligatorio. Los transportados de 1848 debian pasar diez años en Lambessa; pero casi todos obtuvieron ser puestos en libertad en Argelia, ó bien su regreso á Francia. Lambessa recibió igualmente en una seccion disciplinaria especial varios de los transportados de 1852 (unos 450), cuya conducta dió motivos de queja en las colonias penitenciarias.

Los transportados que tenian oficio fueron internados, previa su demanda, en las ciudades de la Argelia, donde trabajan por su propia cuenta. Algunos de ellos que han podido asegurarse una existencia cómoda, hicieron ir á sus mujeres y á sus hijos.

G. J.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Decadencia de las faldetas en los vestidos — Boga de los corpiños lisos. — Vestidos nuevos. — Trajes decretados por S. M. la emperatriz Eugenia. — Importancia del calzado en el prendido de las señoras. — Máxima de un filósofo acerca del calzado femenino. — Enumeracion de botitas y babuchas á la moda. — Cuatro tocados copiados en los Italianos. — Últimos sombreros á la orden del día. — Descripción del figurin de este número.

Parece cosa decidida que las faldetas quedan suprimidas en los cuerpos de los vestidos que se hacen este año; los corpiños de cinturón son seguramente muy bonitos cuando la persona que los lleva tiene buen talle; los de faldetas eran mas adecuados para la mayoría de las señoras. Para dar desde luego una idea de los hermosos vestidos que ya se confeccionan para este invierno, voy á fotografiar algunos de los mas sobresalientes. Para esto no tengo mas que copiar los modelos de la casa Gagelin, una casa de primer orden que ha recibido con toda justicia seis medallas de honor.

Hé aquí pues un vestido de raso doble con anchos cuadros, color de castaña y negro, separados por un filete blanco satinado. Este vestido lleva cinco grandes pliegues huecos y adornos de pasamanería. Las mangas de tres puntas van orladas de guipure y forradas de tafetan blanco con ruche blanca, jockey de punta sobre la manga.

Otro vestido de la misma tela, escocesa verde y azul, con tres gruesos botones negros con puntilla de encaje, que se continúan sobre el delantero de la falda. Mangas anchas y cuadradas con una *ruche á la vieille*, de raso negro y orladas de guipure, con forro blanco y ruche blanca.

Otro vestido de moaré antiguo negro figurando puntas en la falda con una especie de segunda falda simulada de terciopelo negro. El moaré sobre el terciopelo produce el mejor efecto. Los contornos de cada punta van ilustrados de azabache que se reemplazarán segun el capricho con acero ó plata. Hay doce puntas en la falda. El corpiño es liso, con lazo por delante y punta por detrás. Las mangas afolladas por arriba con borde de terciopelo y puntas de terciopelo sobre el cinturón. Llevan un hombrillo Almaviva de punto de España con lazos de terciopelo negro al estilo de la época. Es un vestido con un carácter español como ninguno.

Otro vestido de tela Renneville, fondo gro de Tours blanco con doble falda, sembrado de margaritas color de lila. La primera falda lleva una orla de margaritas que remata en un encaje de Inglaterra. Las dos faldas están montadas con tres gruesos pliegues nada mas. Este género es preferible á los pliegues fruncidos y aplastados unos sobre otros, y que no guarnecen las caderas. El corpiño es de punta con ruches de tul ilusion separadas por un terciopelo malva y dispuestas en forma de berta, con orla de margaritas y puntilla de encaje. Las mangas se componen de afollados de tul y de dos volantes de tul rizado con listas de terciopelo malva y doble jockey de encaje.

Otro vestido gro de Atenas fondo negro con cinta de terciopelo negro en la orla de la falda; el corte hace describir á la falda seis gruesos pliegues huecos que abren el vestido en forma de abanico. Este vestido lleva unos botones gruesos de terciopelo negro con puntilla de encaje en el corpiño y en la falda. Las mangas de estilo Médicis se componen de un grueso afollado de terciopelo atravesado por bandas de tafetan orladas de guipure. Un gran volante de guipure parte del afollado de terciopelo y cae sobre una manga aplastada ajustada por la muñeca, que se abotona al lado con botones de terciopelo.

Otro vestido de tafetan grosella con doble falda. La primera en forma de concha lleva un ruche de puntitos de tafetan grosella, dejando flotar un volante de encaje. La segunda falda describe grandes losanges dibujados por una ruche de

puntitos y con afollados de tul ilusion. En la orla de la falda se ve una gruesa ruche de grosella de puntitos. Corpiño de punta adornado con una berta afollada guarnecida con una ruche grosella y un encaje de punto de Alençon.

Estos preciosos vestidos no tienen rivales, pues la casa de Gagelin sabe dar un sello histórico y nuevo á cada uno de sus trajes. Todo Paris recuerda el triunfo que obtuvo la condesa de Brigade en el ministerio de Estado con sus trajes de reina peruana y de Juno.

Vemos pues que los vestidos afollados siguen á la moda, y sin embargo parece ser que la emperatriz Eugenia ha mandado fabricar vestidos en punta que solo tendrán vuelo por abajo de la falda y dibujarán las caderas. En el primer baile de Tullerías veremos si es cierta esta noticia.

Voy á decir cuatro palabras sobre el calzado de las señoras elegantes. Una simple botita de cabritilla es lo mas distinguido. Se ven algunos zapatitos muy lindos, pero que tienen cierto airecillo provocativo. Un filósofo me decia el otro día: «Enseñadme un zapato y una botita, y al punto os diré quién es su dueña y lo que vale.» Me ha espantado esta máxima, porque me puse á pensar que muchas señoras descuidan el calzado. Cuentan con el efecto de su vestido, de sus joyas y de su tocado; pero olvidan el calzado, á riesgo de encontrarse con los filósofos que explican á su manera este descuido imperdonable. Seguramente el calzado y los guantes son cosas en que debe pensarse siempre.

Así pues, para calzado de todos los días y para salir á pié se usa la botita Balmoral, toda de cabritilla negra con pespunte blanco, ó de charol, segun el gusto ó el capricho.

La misma botita se hace de terciopelo negro con tacones Luis XV de terciopelo negro y cuatro lazos de terciopelo; además lleva una orla de mara zibelina.

Tambien se adorna con lazos de encaje negro y terciopelo negro en lugar de la piel.

Se usan igualmente babuchas de terciopelo carmesí con orla de armiño y forro de tafetan del mismo color.

Un calzado muy confortable para el invierno es la babuchazueco (es como si dijéramos el cauchú de la mujer elegante) forrada de felpilla rusa y orlada de piel ó de terciopelo.

Por último, citaremos los zapatitos de terciopelo negro con orla de piel fina; las babuchas de moaré antiguo con lacitos mariposa de terciopelo color de cereza; y las botitas de moaré antiguo negro ó de raso negro con tacones Luis XV.

En cuanto al calzado de baile no hay nada mas bonito que el zapato de raso blanco con tacon Luis XV.

Por lo que hace á los tocados, voy á describir cuatro maravillosos procedentes de casa de Alejandrina.

El primero es un tocado Fausto hecho con una toca de pasamanería purpurina sembrada de perlas negras. Una banda de encaje negro atraviesa la toca y cae sobre los hombros. A cada lado, lazos de cinta purpurina y bandó de pasamanería bordado de perlas negras y cuentas de azabache. Este adorno flotante de azabache y pasamanería da al tocado un sello original sumamente gracioso.

El segundo es un tocado Ateniense reproducido con dos anchos círculos de ore mate el uno formando diadema. A cada lado del círculo se enrosca una gruesa trenza ondulada de terciopelo verde Azoff formando un lazo griego.

El tercero es un tocado Rosina, compuesto de una trenza enroscada de terciopelo purpurino mas voluminosa por un lado que por el otro, con una pequeña toca de terciopelo punzó al lado opuesto. Esta toca lleva encima una redcecilla negra.

El cuarto es un tocado Bacante dispuesto con dos gruesos afollados de tafetan azul de China retenidos por una hebilla de acero. Doble bandó de terciopelo azul sosteniendo los afollados y dejando caer al lado tres adornos de pasamanería con cuentas azules y de acero.

Despues de estos cuatro tocados que han sido llevados al teatro Italiano por cuatro de las mas bonitas señoras de Paris, voy á señalar los siguientes sombreros:

— Un sombrero María Antonieta de terciopelo epinglé blanco y draperia de terciopelo verde puesta al sesgo y caída al lado con puntilla de blanca. A la izquierda una plumita blanca en medio de la cual se ve un bonito colibrí como en un nido. Bavolet de terciopelo epinglé blanco. El borde del sombrero va fruncido de terciopelo verde. En el interior bandó compuesto de una rosa con follaje verde. Cintas blancas.

— Un sombrero Emperatriz de terciopelo imperial blanco, con el bavolet y el ala del sombrero de terciopelo rosa de los Alpes. Al lado dos plumas blancas y cintas blancas.

— Un sombrero de tafetan negro con el casco de tafetan grosella y dos cintas de tafetan grosella retenidas por dos hebillas de acero. En el interior adorno de azabache con cocas de cinta negra y cinta grosella formando bandó Emperatriz. Cintas de tafetan grosella.

— Un sombrero de terciopelo flor de melocoton (color nuevo) sin otro adorno que un volante de encaje negro colocado sobre el casco y que se continúa hasta el bavolet. Por dentro una trenza de terciopelo del mismo color, así como las cintas.

En mi Revista del mes próximo hablaré de los prendidos de baile; entre tanto el figurin de este número da las primicias de lo mas nuevo que hay en este género:

El primer traje se compone de un vestido de tarlatana blanca, de doble falda formando túnica abierta por el lado. Toda la primera está afollada de tarlatana, y va adornada por abajo con tres volantes. La segunda falda lleva dos canelones con un afollado y una cinta de color de rosa. Corpiño escotado con berta, formando un fichu cruzado por detrás. En el corpiño, sobre las mangas y abajo de la cintura, lazo de terciopelo rosa de China. Ramillete de flores naturales. Tocado de bandós, con collar de perlas blancas sembradas en el tocado. Zapatos de raso blanco.

El segundo traje se compone de un vestido de tul maiz, dispuesto en pliegues vaporosos prendidos con ricos broches de rubies. El corpiño está hecho á la griega, y lleva un lujoso adorno de botones de rubies. La diadema y el collar son de la misma piedra.

El tercer traje es de crespón de color de rosa con tres faldas, cada una con una gruesa ruche de crespón rosa. Corpiño de punta con berta afollada. Diadema de flores color de rosa.

El último traje, de una señora de treinta años, se compone de un vestido de moaré antiguo con lujosas quillas de bordado de China tejidas en la tela. Las mangas van orladas con un volante de blonda en relieve. Esclavina de blonda bastante escotada para formar berta. Tocado reproducido con una hermosa pluma de avestruz sostenida por un lado con un broche de pedrerías; en tanto que por el otro sobresale una ramita de flores.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

EL ALCALDE RONQUILLO,

EPISODIO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES,

POR AMOCIL.

A DON FEDERICO DEL OLMO.

I.

LA COCINA DEL CASTILLO DE TORRE-LOBATON.

Era uno de los primeros días del mes de febrero en el año de 1521. Llovía mucho, pero á grandes intervalos. La atmósfera estaba pesada y la temperatura, sin ser muy fria, era en alto grado desagradable.

Los alrededores de la villa de Torre-Lobaton se asemejaban á un país que, despues de haber sufrido un inmenso diluvio, se ve desierto y triste como la muerte, luego de retiradas las aguas.

Desde el homenaje de la terrible fortaleza, el vigía alcanzaba con la vista muchas leguas de contorno, mas sin embargo, en todo él difícilmente podrian topár sus ojos con un ser humano. Los pocos árboles que á inmediaciones de Adalia, Castrodeza y Bamba con vida raquítica crecían, desmochados por el viento y deshojados, contribuian á hacer mas triste el paisaje, de suyo triste en todos tiempos, que en aquella zona se descubre.

Guerra fratricida y cruel asolaba la comarca, y como si esto no fuera bastante para lograr su mal, el tiempo y la peste habian conjurado su desgracia, privándola el uno de cosecha y la otra de la vida, que dejaba á los moradores la guerra. La última les consumia la gente moza; la peste, los ancianos, los niños y las mujeres.

Juan de Padilla y el obispo de Zamora con su bravo y brillante ejército de comuneros ocupaban la mejor de las ciudades de ambas Castillas. Valladolid era su cuartel general.

El castillo de Torre-Lobaton pertenecía á las tropas imperiales, mandadas por el conde de Haro, de nefanda memoria, y lo gobernaba á la sazón en nombre del César y del general en jefe, don Rodrigo de Ronquillo, que así hacia á alcalde de casa y corte como á capitán de las compañías mas relajadas.

Corria un rumor muy sostenido en ambos campos, de que en breve vendrian á las manos los ejércitos que en la leal Castilla la Vieja representaban, el uno la invasion de los destinos de la monarquía por avarientos extranjeros; y el otro, la causa de la patria, de la libertad y de las municipalidades heridas de muerte.

Juan de Padilla tenia ganas y se preparaba á dar un gran golpe á las tropas imperiales, tomándoles la fortaleza de Torre-Lobaton, una de las mas temibles que ocupaban los ejércitos sin fe de Don Carlos I.

Contaba para esta ocasion con el entusiasmo siempre creciente de sus bravos toledanos, con el decidido apoyo de los tercios de Salamanca y Segovia, y con el esfuerzo invencible de la legion vascongada.

Ronquillo y los demás capitanes que guarnecian á Tordesillas y Torre-Lobaton, solo podian fiar su triunfo en la mayor cifra de soldados, soldados que ni tenian el mismo arrojo que los comuneros, ni peleaban sin antes recibir buena racion y tener bien contados sus salarios. La superioridad de las posiciones, y aun lo inexpugnable de algunas por otra parte, tenian un tanto orgullosos á los tenientes de Haro.

Mas mientras en consejo de guerra el conde de Haro en Peñafior y en Valladolid Padilla y el bravo prelado Acuña preparan los medios de ofensiva, vengán nuestros lectores á la suntuosa cocina (en materia de cocinas se entiende), del castillo tan bien provista de manjares como de agradable mansion para matar el frio, en aquellos tiempos en que no eran conocidos, ni hacian mucha falta, dicho sea de paso, nuestros modernos medios de *comfort*.

En un inmenso y sencillo asador de hierro daba vueltas, con gran consuelo y satisfaccion de los circunstantes, un carnero, no de los mas pequeños. El fuego que ardia en el fogón, proporcionado á las necesidades del estado mayor de la torre, mas parecia propio para elaborar el hierro en una ferrería, que para aderezar la comida de los capitanes aposentados en la célebre fortaleza.

El olor particular que reinaba en la cocina toda, el al mismo tiempo consolador y severo reflejo de las llamas, y el aire de los villanos, afaenados en preparar la comida, daban un tinte de alegría y expansion de alma á las dos personas principales que ocupaban el secular banco de aquel departamento del castillo, banco tan antiguo como la torre, y mas apreciado quizás que uno de sus cubos.

El asiento de cabeza lo ocupaba un hombre que aun jóven por la edad, era ya viejo por las contingencias

y alternativas de su azarosa vida. Su fisonomía denotaba altivez, mucha vanidad, pocas buenas cualidades e hipocresía refinada.

Era flaca su cara. Sus ojos bastante vivos, respiraban ruindad de corazón. Su cuerpo era un tanto gallardo, pero el porte del caballero ni demostraba afición al lujo, ni presunción de sus ventajas físicas. Sus cabellos comenzaban á encanecer. El conjunto de aquel personaje no era desagradable, mas que por el aire siniestro que presidía en su rostro. En su juventud debió ser un arrogante mozo. Cuando nosotros le presentamos podrían dársele treinta y cinco años de edad.

Vestía de negro, como negro. Era entonces su cargo, pues se llamaba el alcalde Ronquillo.

Después de haber pasado por todas las vicisitudes de la vida, en las cuales tan bien hacia á predicador como á truan, había venido á parar en la persecución de los comuneros, á quienes odio mas ferviente que el mismo rey profesaba.

El día á que venimos haciendo referencia, lo consagraba Ronquillo á la conquista de un mozo de provecho y grandísimas esperanzas, el cual era quien al flog con él estaba sentado.

Por eso de vez en cuando, y así que advertía los progresos que sus palabras hacían en el alma del jóven catecúmeno, paseaba una sonrisa indefinible por sus labios.

El mozo oyente de Ronquillo, era un jóven de diez y seis años, que acababa de salir de su casa materna para la guerra. Y como quiera que su padre fuese un fanático, muy apegado á las cosas viejas y á las malas artes que cierta gente vendía por virtudes, el jóven guerrero, en lugar de acompañar á sus animosos compatriotas en las filas de la patria, erró el camino y fué á prestar su espada á los ejércitos del extranjero y de la inquisición.

— Sí, mi jóven amigo, decía Ronquillo, nuestro magnífico soberano el rey Don Carlos, emperador de Austria, no dejará perder esos generosos alientos que en pro de su buena causa demostráis. Los comuneros... ¡ilusos! piensan atacarnos; allá veremos como se baten las tropas del general Padilla, del rebelde regidor de la rebelde Toledo. Y vos, á quien en lontananza veo de capitán, vais á tener muy pronto ocasión de probar vuestro valor y demostrar los sentimientos de amor que acabais de expresar por el mejor de los reyes. También vendrá Bravo, quizás se haya olvidado del ataque de Segovia. ¡Valiente jornada se prepara! El castillo de Torre-Lobaton está avocado á grandes sucesos; Cristóbal, en él vais á ganar la plaza de alférez en una de mis compañías.

Cristóbal escuchaba con la boca abierta las nunca bien acabadas frases del tirano de Valladolid.

Cristóbal era generoso, valiente y cándido, y no entendía el torcido giro de las palabras del alcalde: creía buenamente y se horrorizaba de todas las maldades que la mordaz lengua de don Rodrigo acumulaba sobre las claras reputaciones de Ayala y de Acuña, de Padilla y Bravo, Maldonado y Baraona.

Este Cristóbal andando el tiempo debía adquirir gloria inmortal en las guerras de Flandes. Se llamaba Cristóbal de Mondragon y Otálora, y llegó á ser gobernador de Amberes.

— Cristóbal, continuó Ronquillo, vuestro buen tío, mi venerado amigo el arcediano don Juan de Otálora, háos recomendado muy particularmente. Seguid las huellas de varón tan ejemplar. Familiar del santo oficio y hombre bien quisto en la corte, puede hacer mucho por vos, si humilde y leal, seguis profesando y defendiendo de cualquier modo y do quier vuestras doctrinas, las solas justas, las únicas apreciables á los ojos del mundo y de Dios.

A esta altura llegaba la homilia del alcalde capitán, cuando entró sudoroso y fatigado un peaton confidente.

De Valladolid á Torre-Lobaton hay cinco leguas de distancia; cuyas cinco salvó el correo en menos de dos horas, tales fueron la prisa que se dió, la codicia de un buen premio que le aguijoneaba y el temor que como á todos le inspiraba don Rodrigo.

— ¿Y bien, qué noticias hay? preguntó este sin responder al humilde saludo del confidente, y con un gesto muy marcado de altivez.

— Malas. Vuesa merced puede ya ponerse en guardia, abituallando competentemente á la torre y doblando la vigilancia.

— ¿Cómo?

— Así es. Juan de Padilla con 4,000 ó 5,000 hombres está preparándose para tomar inmediatamente la ofensiva contra esta torre, y simultáneamente contra Peñaflo, Tordesillas y Torre Humos, dispuesto á librar una batalla que le asegure el dominio de Castilla la Vieja.

— Sueña. Su Señoría el conde de Haro con 7,000 infantes y mil caballos cubre todas las posiciones comprendidas entre Tordesillas y Peñaflo. Por lo que me parece bastante difícil que Padilla pueda vencer, ni aun á atacar, con 4,000 hombres á 8,000 de todas armas, bien provistos de municiones de boca y de guerra, ítem mas las guarniciones de esta torre y otras varias de igual fortaleza.

Evacuada su misión, retiróse el correo á restablecerse su descompuesto cuerpo, dejando sobre el banco, á una seña de Ronquillo, todos los papeles que había cogido en Valladolid, y que pudieran servir de algo al ejército realista.

Ronquillo con una indiferencia que mucho le costaba fingir, revolvió y ojeaba todos aquellos documentos,

sin parar un minuto en cada uno su atención. Mas al cabo de mucho revolver, topó con un escrito, que le paró sobremanera.

Era una proclama del general Padilla, noticiando á su ejército y al pueblo de Valladolid el comienzo de sus operaciones contra el ejército realista.

Concebida en breves y enérgicos términos, concluía con estas significativas y vigorosas palabras, que dieron mucho que pensar á Ronquillo:

« Plegue al cielo, que ese alcalde para vosotros de memoria tan triste, me espere en el castillo de Torre-Lobaton, si quiera sea en su homenaje, pues hasta sobre él os vengará, Padilla. »

— Sí, ven á buscarme en Torre-Lobaton, general de comuneros. Entre tanto, Cristóbal, no nos apuremos; las defensas del castillo son buenas; las pagas no van mal contadas; el pueblo da mas de lo que puede, que siga dando y venceremos. Vamos ahora á comer.

II.

EL PRISIONERO DE GUERRA.

Han pasado ocho días desde el en que vimos á Cristóbal de Mondragon en conferencia con don Rodrigo del Ronquillo.

Sucesos importantes han acaecido en la torre, que del poder de las tropas del rey y emperador ha pasado á manos de las acudilladas por el general Padilla.

En honor de la verdad, debe decirse que la guarnición del castillo hizo una valiente defensa, digna de soldados españoles.

Mas no era muy posible que resistiese con peores jefes al empuje terrible y unánime de los comuneros que, rechazados tres veces sucesivamente en el asalto, no por eso perdieron los ánimos, sino que, por el contrario, cobrando nuevos, arremetieron con mayor brio una cuarta vez. Entonces las tropas que defendían la primer cortina del castillo, sobrecogidas de espanto, cedieron, después de corta resistencia, su posición al enemigo. Dueño este de la primera línea, mientras que su artillería hacia un fuego horroroso por la parte del Norte, dando nuevas pruebas de arrojo asaltó la segunda línea de defensa, que así también fué tomada, pero no sin grande y dolorosa pérdida. En tanto que los castellanos de las provincias de Toledo y Segovia llevaban á cabo este glorioso hecho de armas, la compañía de vascongados y los salamanquinos, después de rechazar y batir en regla á una columna, que para explorar el campo habia destacado de Tordesillas el general en jefe conde de Haro, arremetieron por la brecha que la artillería habia practicado, y antes de pasada una hora, la bandera de las comunidades coronaba los torreones todos del castillo.

El comandante de la fortaleza, mas atento á la conservación de su propia persona, que á la salvación del fuerte, estuvo durante la lucha presenciándola en lugar seguro desde una ojiva. Mas así que vió pronunciada la victoria del enemigo, antes que correr las contingencias de un sitio, salió con toda calma hacia la villa, que aun no habian ganado los comuneros, principalmente ocupados en la toma de la torre, luchando con la cual estaban dos días consecutivos. Burlada la vigilancia de Padilla, el alcalde Ronquillo se sostuvo en la villa hasta la noche, y al cerrar esta, á favor de sus sombras, se fugó á los reales de Carlos, dirigiendo una grosera imprecación casi mental y apenas oída de sus acólitos, á los vencedores.

A la hora en que nosotros introducimos á nuestros lectores en el castillo, es dueño absoluto de él el ejército comunero, desde el homenaje al foso, y el general Padilla redobla su actividad y diligencia para curar á los heridos de ambos campos, reponer las fortificaciones lastimadas y ocurrir á la ulterior defensa de la posición conquistada.

Entre los que mas se habian distinguido por su arrojo y destreza, contábase nuestro conocido Cristóbal, cuya juventud y valor no pasaron desapercibidos á los ojos del vencedor.

Encargado de la defensa de uno de los cubos exteriores, el novel guerrero defendió bizarramente su posición hasta tal punto que, aun viéndose solo, pues sus soldados los que no murieron abandonaron su puesto, cediendo á la fuerza del enemigo, continuó peleando en lucha abierta contra los comuneros que habian ya escalado y tomado el cubo.

Solo una herida grave pudo hacerle ceder; pues el dolor y la sangre le arrebataron las fuerzas y cayó al parecer exánime en brazos del jefe del pelotón enemigo.

Era este un guipuzcoano, Juanes de Echevarría Goicoa, de Elgoibar. Mozo tan valiente como generoso, no pudo menos de conmovérsele en vista del espectáculo de abnegación y ardor que les daba aquel tierno mancebo. Por eso cuando ya segunda vez un comunero iba á descargar su espada sobre Cristóbal y á dejarle indudablemente sin vida, Juanes, con la fuerza hercúlea que poseía, detuvo el brazo del agresor, y recogió el herido, interesándose íntimamente en su vida.

Pasado el fragor de la pelea, los quejidos de los moribundos y las primeras impresiones de una conquista, Padilla que desde antes de mandar el asalto, habia impuesto á sus tropas el que tratasen con el mayor esmero y delicadeza á los prisioneros y particularmente á los heridos, lo que así se hizo, quiso por sí mismo visitar y enterarse del estado de unos y otros, y disponer los medios de aliviar y endulzar en lo posible su suerte.

Ya para entonces Juanes de Echevarría Goicoa le habia informado de la heroica defensa del jóven Cristóbal. Padilla que era de corazón muy bueno, prodigó á Cristóbal en su lecho consuelos, á que solo podrian exceder los de una madre cariñosa.

La primer pregunta que Cristóbal hizo al despertar de su delirio, fué la siguiente:

— Y Ronquillo ¿dónde está?

— En el real del conde de Haro, sin duda, apresuróse á contestar Juanes. Mientras vosotros aquí, por ser incautos, perdiais una vida digna de consagrarse al triunfo de mejor causa, él sin arriesgar nada, esperaba el resultado de la lucha; si la victoria era vuestra, una arenga dirigida después de acabados la pelea y el peligro, le habria granjeado honores y ventajas en la carrera, pero si, como ha ocurrido, la suerte se mostraba contraria, ya tenia preparados los medios de una segura evasión. Así, cuando nosotros tomamos posesión del cuerpo principal del castillo, habian desaparecido el alcalde Ronquillo y todo su estado mayor.

— ¡Ah! no me esperaba yo eso de quien tan buenas palabras tuvo para incitarme á la lucha.

— Jóven, repuso Juanes, ¿quereis decirme de dónde sois?

— De Mondragon, en la provincia de Guipúzcoa.

— ¿De Mondragon? contestó con viveza Juanes; sois en ese caso paisano mio, ¿y de qué familia?

— De la que lleva igual apellido que la villa, dijo en voz quejosa Cristóbal, á quien en aquel momento al parecer dolía mucho su herida. Y añadió después de una pausa ligera, exigida por el dolor:

— Huélgome mucho de hallar en esta triste situación por enfermero un paisano, que tan bien comprende los deberes de un hombre para con su prójimo, aun siendo este su enemigo y prisionero.

— Mondragon, no podeis formaros ni una idea aproximada de la impresión que en mi han causado vuestras palabras, al recordarme el nombre y los sentimientos de la patria. Siento en el alma veros prisionero, por haber defendido una causa funesta, que tan mal cuadra al libre y franco carácter del montañés vascongado como á vuestros honrados sentimientos. Tengo que daros una triste noticia, que crece en tristeza al ponerse en conocimiento de un campeón realista. Conozco á vuestra familia perfectamente, y á vos de nombre también. Vuestro tío y vuestro padre, fanáticos y egoistas, perdonadme esta calificación hija del fervor de mis contrarias doctrinas, os han sin duda conducido á este trance, interpretando torcidamente vuestros alientos. Pero vos teniais un pariente, caballero de gran valor y mucho corazón, á quien profesábais alta estima.

— Así es; Gonzalo de Baraona.

— Pues ese Gonzalo de Baraona, tan noble de corazón como entendido y bizarro soldado, tan gallardo de cuerpo como hijo respetuoso y padre modelo, ha dejado de existir. Ha muerto decapitado en la ciudad de Vitoria, por crimen de *lesa majestad*, por haber defendido los derechos del pueblo español, cuyo fiero orgullo ha sido ultrajado por la avarienta ambición y altivo desprecio de flamencos y tudescos.

Nada dijo Cristóbal, porque nada podía decir en la posición de ánimo en que se encontraba. Escaso en fuerzas físicas, las pocas que le quedaron las perdió al saber la triste suerte de su amigo y pariente.

Juanes comprendió toda la intensidad del dolor de Cristóbal y se apresuró á prodigarle, de acuerdo con el médico, los auxilios necesarios.

Pasó el letargo, y al cabo de dos horas comenzó á reanimarse el enfermo. Vuelto al uso de la razón, al acordarse de las palabras de Juanes y viendo á este echóse á llorar la muerte de Baraona, pero con el lloro sublime y severo en que deplora un padre recto y grave en sus proceder los extravíos de un hijo atolondrado.

Juanes, el médico, Padilla y los diferentes oficiales que rodeaban el lecho, respetaron el dolor del jóven y en lo íntimo de su alma se asociaron todos á él.

— ¡Pobre Gonzalo! exclamó al fin. Y esta exclamación concisa y sentida tuvo mas valor que las ruidosas manifestaciones de dolor, á que otros se entregan, sin duda con el objeto de interesar en sus duelos á la sociedad.

Luego de repuesto, suplicó Cristóbal á todos los circunstantes que tuvieran la bondad de dejarle á solas con Juanes por media hora nada mas.

Nadie opuso reparo alguno, y salieron conforme á los deseos del enfermo. Este, tomando la mejor postura posible en el lecho, comenzó á hablar así:

— Me inspirais gran confianza y simpatía, capitán, y voy á confiaros un secreto íntimo de mi vida, que solo pudiera depositarse en el pecho de un compatriota de tan nobles sentimientos como vos. Voy á contaros una historia, que os hará comprender cuánto siento la muerte de Baraona, y mucho mas, por haber combatido en las filas del despotismo extranjero.

Gonzalo de Baraona, por temprana muerte de su padre y señor, quedó en la niñez de pariente mayor de su linaje y jefe de una familia dilatada. Sin embargo, hermanos no tenia mas que dos; varón el uno y hembra la otra. Gonzalo de Baraona, con un afecto y celo exquisitos, á los que no excedieran seguramente los de su malograda madre, dedicóse desde tierna edad y poniendo en ello la atención toda á educar y hacer menos triste la horfandad de sus hermanos. Bien sabeis cómo cumplió siempre, y á través de los mas difíciles periodos, esta noble tarea.

Crecieron sus hermanos con una educación, que nadie podrá disputarles en todo el suelo vascongado. Su

hermana, mayor en edad que el segundo varon, se llama Elvira y ahora toca en los 17 años. Gallarda, bella y virtuosa jóven, no puedo recordar, sin acompañar suspiros al recuerdo, los días que al lado de ella pasé en mi solar de Mondragon, á donde muy frecuentemente venia á visitarnos, pues las dos familias por lazos de parentesco y de tradicional amistad estábamos estrechamente unidas.

— Segun eso, dijo interrumpiendo Juanes, y como quien se siente contrariado, amais á Elvira.

— Sí, capitán, no tengo rubor en confesárselo, la amo, pero con un amor, que nada se parece á los amores del mundo. Amor angelical, amor todo espíritu. ¡Oh! permitidme que llore al traer á la memoria los momentos de ventura, que al lado de Elvira como relámpagos corrieron, y que ya no es posible vuelvan por segunda vez.

Conservo perfectamente grabados en mi memoria todos los coloquios que ambos tuvimos, coloquios que el mundo llama san-dios, porque en ellos no se mezcla pensamiento alguno impuro y porque mas que la boca hablan las almas.

Elvira vivia y presumo que vivirá aun, en una linda aldehuela inmediata á Vitoria, aldea donde radica su casa solariega. Es una aldea linda como su patrona, hospitalaria como sus señores y tranquila como el alma de Elvira. Pues en esa aldea, siendo yo un niño de

14 a 15 años, pasé los instantes mas venturosos de mi vida, cubijados los dos niños bajo la sombra de emparraos graciosos ó de seculares robles y encinas.

El capitán Juanes de Echevarría oia al parecer con notable sentimiento de disgusto la historia de su prisionero, pues al paso que éste adelantaba en su relacion, el ceño de aquel iba oscureciéndose, aunque no por eso

la escalera y conduce en fin á un hermoso salon de conversacion.

La cámara del gran duque Constantino, gran almirante de Francia, está delante de los salones.

Sobre el puente un vasto compartimiento contiene el salon, el pasillo de la escalera, y en fin el despacho del emperador. Estos dobles puentes á popa y á proa se ha-

revelara en él el enojo de la cólera.

(Se concluirá.)

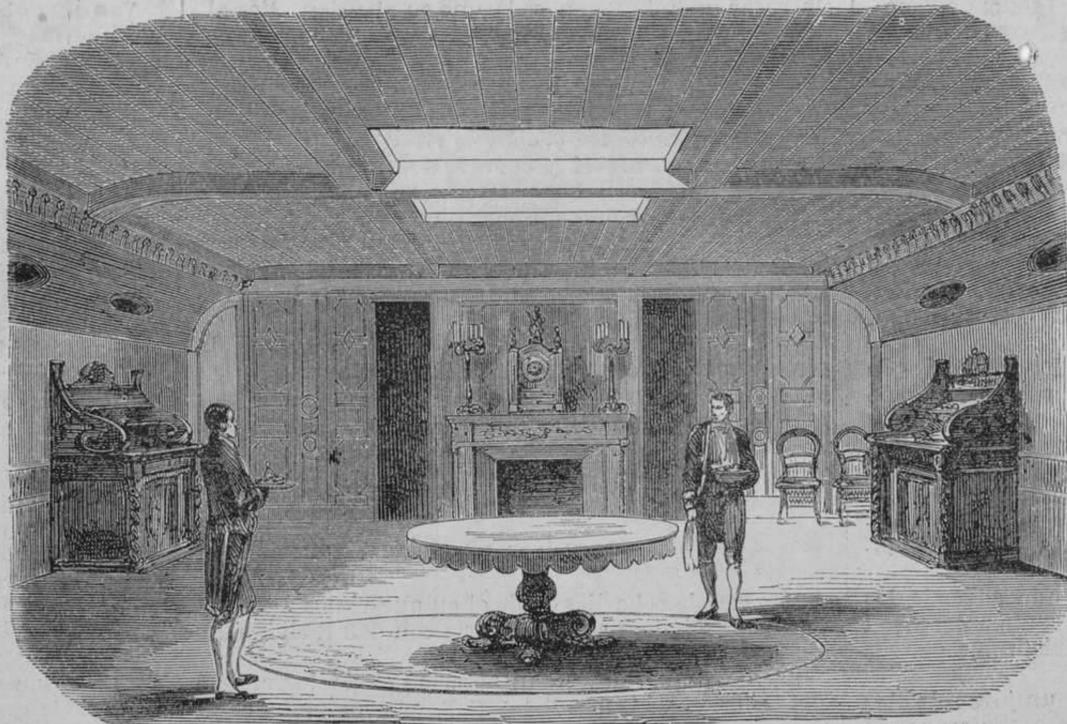
EL YACHT BEL EMPERADOR DE RUSIA

EL ESTANDARTE.

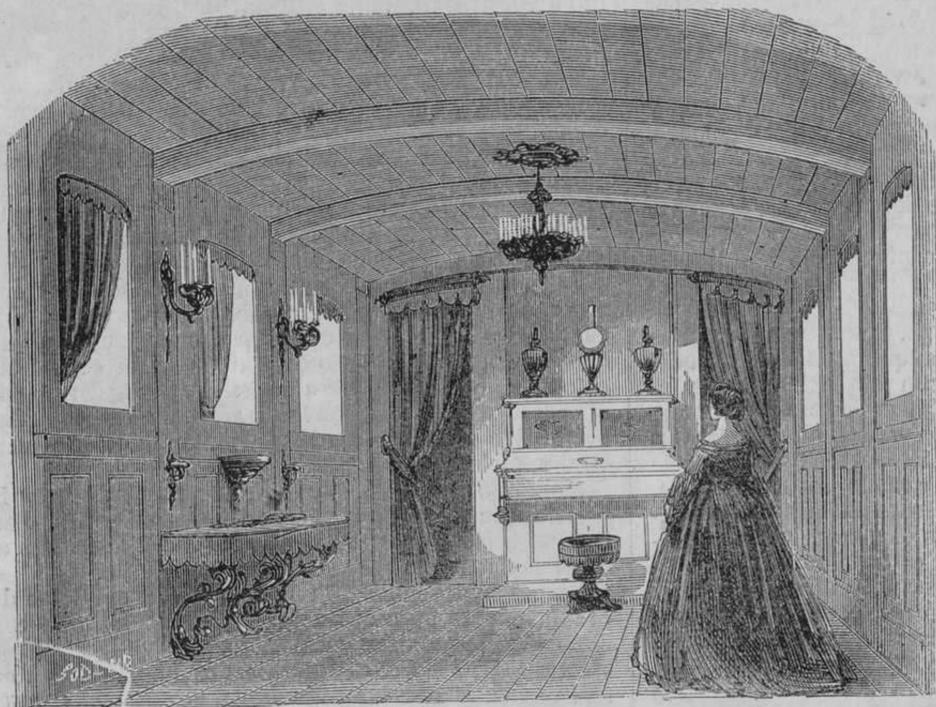
Este yacht construido de madera y de hierro por el sistema de Arnam, tiene una máquina de 400 caballos nominales y sale de los talleres del Creuzot. Su velocidad es de 14 nudos por hora, y debe llegar á 15.

Las disposiciones interiores son de una riqueza extraordinaria. Toda la parte de popa está consagrada al servicio del emperador. Se compone de un vasto comedor, de una alcoba para la emperatriz con un hermoso gabinete de tocador, sala de baños y accesorios; de una cámara principal para el emperador, y de otra cámara para los jóvenes grandes-duques. Siguen luego los camarotes para los niños y las damas del servicio.

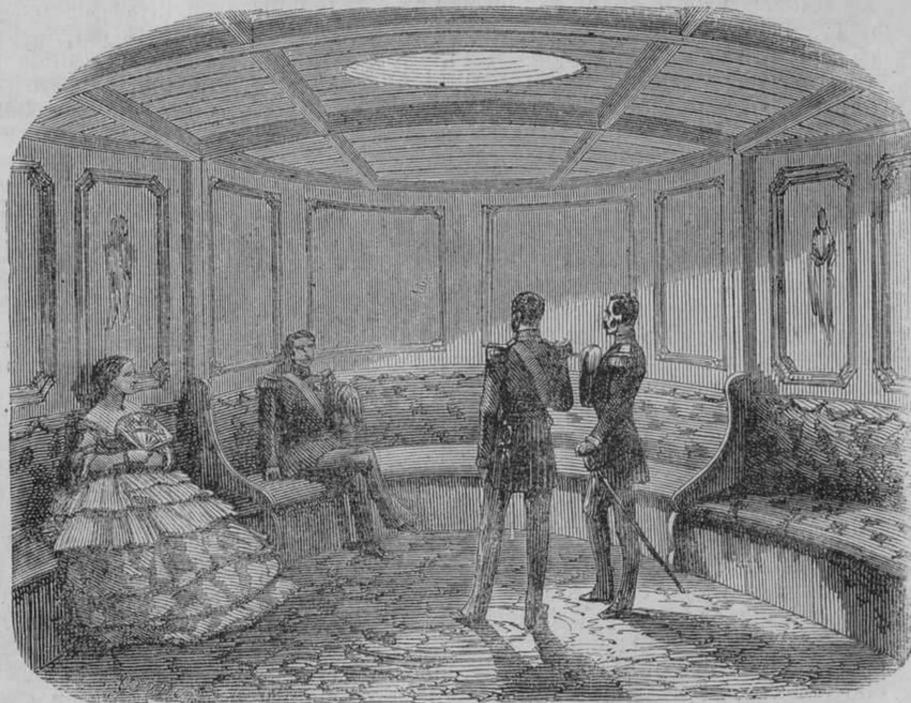
Un vasto pasillo que da acceso á todos los camarotes, contiene



DISPOSICIONES INTERIORES DEL YACHT DEL EMPERADOR DE RUSIA, CONSTRUIDO EN BURDEOS. — EL COMEDOR.



SALON PARTICULAR DE LA EMPERATRIZ DE RUSIA.



SALON DE REUNION DE LA FAMILIA IMPERIAL.

llan consagrados los de proa á la tripulacion y los de popa á la servidumbre imperial.

En el ornato y amueblado de este hermoso buque se ha desplegado un lujo extraordinario, que hace el mayor honor á las industrias de Paris y de Lóndres que han concurrido á la obra. Sus majestades el emperador y la emperatriz de los franceses que visitaron ultimamente el yacht, alabaron las disposiciones y el buen gusto de todo lo que allí habia.

A proa se encuentra primero una cámara para el estado mayor del buque, y siguen los alojamientos para los pasajeros de distincion que acompañan al emperador en sus viajes. El capitán tiene su cámara sobre el puente.

El *Estandarté* tiene un movimiento de mucha suavidad, y los partes del comandante Ponafidine no dejan ninguna duda sobre las buenas cualidades de esa hermosa construccion, cuyos dibujos han sido suministrados por el gran duque Constantino. Se puede decir pues que la industria francesa á que recurrió el emperador de Rusia para la ejecucion de su yacht, ha correspondido completamente á sus deseos enviando un buque que acusa un progreso positivo en el arte de las construcciones navales.

F.

Necrología.

Cuando en el número 303 de este periódico (véase la *Revista de Paris*) anunciábamos que la célebre viajera



IDA PFEIFFER, célebre viajera alemana.

Ida Pfeiffer se habia retirado á descansar de sus grandes excursiones en un apacible asilo de una aldea alemana, no pensábamos que dentro de pocos días tendríamos que anunciar su muerte, ocurrida al poco tiempo de haber entrado en la vida pacífica que deseaba al cabo de tantas penalidades como habia sufrido en sus viajes. Ya saben nuestros lectores que esta mujer ilustre no pudo realizar su designio de recorrer el mundo hasta que llegó á una edad avanzada. Efectivamente, á los cincuenta años se puso en camino sola, y en menos de dos años habia explorado los dos hemisferios desde la extremidad de la península escandinava hasta el continente africano siguiendo este itinerario prodigioso: los mares polares, el Océano atlántico, la América del Sur, Taiti, el continente asiático y sus ciudades mas peligrosas, Canton, Nankin, Bombay, Delhi, y Benares; luego el Kurdistan, la Persia y la Arabia, Mossul, Ninive y el Egipto.

De Egipto volvió un día á Dresde, su pais, para volver á marchar al día siguiente, y la primera etapa de este nuevo viaje era el cabo de Buena Esperanza. De aquí á las islas de la Sonda y á las Molucas no hay mas que algunos miles de leguas, que en breve atravesó hasta llegar á Nueva York, despues de haber pasado por la California, el Perú y Bolivia, despues de haber atravesado el Amazonas y recorrido los Andes.

Los desiertos y las soledades de la América del Norte eran no mas que un paseo para la incansable viajera, que habia visitado tantas comarcas. En resumen, esta mujer extraordinaria habra andado en su vida unas 40,000 leguas geográficas.

E. P.